

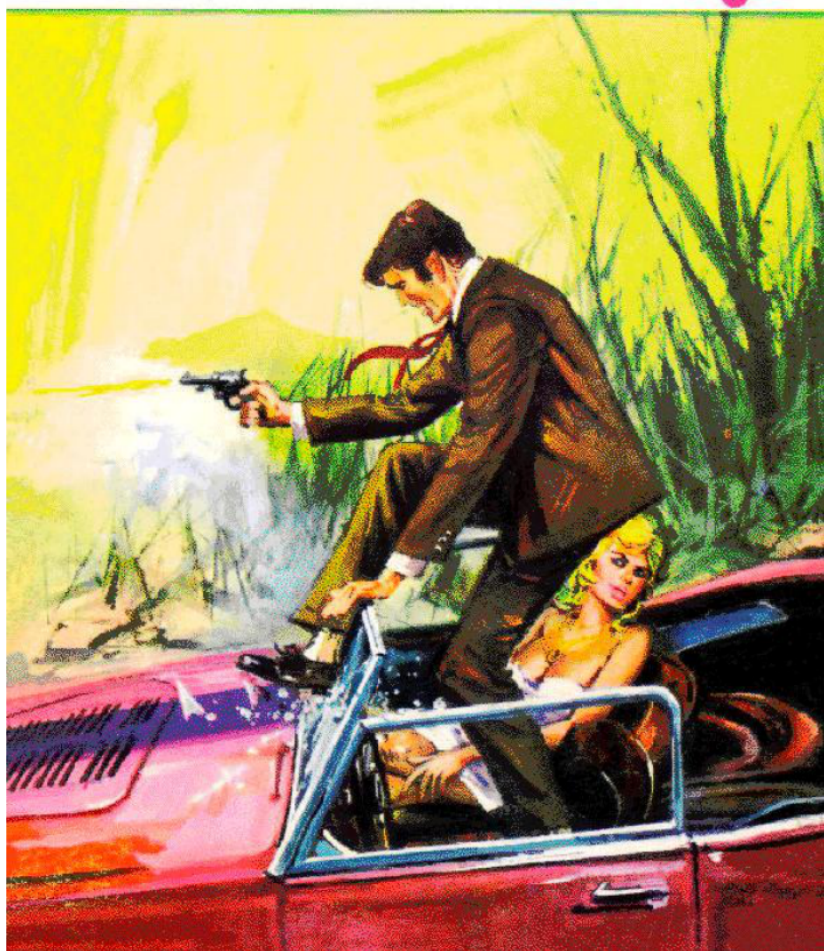
BOLSLEROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

ORDEN: ACABEN CON LOS TERRICOLAS

Keith Luger



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

**ORDEN: ACABEN
CON LOS TERRICOLAS**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 793
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 20.566 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta colección: julio, 1977

© Keith Luger, 1966

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.283 — La historia de Bill *el Melenas*
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.402 — Me casé con un vampiro
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
967 — El Oeste en llamas
- En Colección SALVAJE TEXAS:
729 — La venganza
- En Colección KANSAS:
657 — Mala hierba nunca muere
- En Colección BRAVO OESTE:
581 — Tres hombres van a morir
- En Colección PUNTO ROJO:
789 — Un ataúd como obsequio
- En Colección CALIFORNIA:
752 — La historia de Buby *el Llorón*
- En Colección ASES DEL OESTE:
947 — El *sheriff* fue un cobarde
- En Colección COLORADO:
610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!
- En Colección HEROES DE LA PRADERA:
392 — ¡Viva mi rubia!
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
82 — La chica del rifle de oro
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
5 — Asesino Murray

CAPÍTULO PRIMERO

Mi nombre es Pierre Bresson y soy guionista de cine. Muchos de ustedes envidiarán mi profesión, pero, si supiesen lo que eso significa, estarían conformes con lo que tienen.

Por ejemplo, ahora estaba despotricando porque el productor de mi próxima película me había dicho que el final de mi guión era un desastre. Les diré en qué consistía el desastre. El protagonista moría. No se quedaba con la chica, no había beso final, ni música gloriosa. El protagonista moría en medio de un silencio, con dos balas en el estómago, arrastrándose por el suelo, tratando de llegar a la casa de su amada.

Eso era imposible, según mi productor. El chico tenía que burlar los plomos. Ni siquiera un rasguño. Y luego, silbando alegremente, debería ir al encuentro de la muchacha que le había tocado el corazón. Y allí, en la puerta, cuando ella abriese, se abrazarían, unirían sus labios en un beso largo, muy largo...

Yo no habría tenido nada que oponer si no fuese porque el protagonista, dada su psicología y dados todos los acontecimientos del argumento, tenía necesariamente que morir. No vayan a creer ustedes que yo mato a todos mis protagonistas, en absoluto. Un personaje adquiere independencia a los pocos folios de haber nacido. El autor trata de sujetarlo, pero eso resulta muy difícil y uno se expone a destruir lo bueno que pueda poseer el personaje.

Me había bebido tres *whiskys* mientras intentaba convencerme de que el productor estaba en lo cierto, pero llegué a la conclusión de que necesitaría mucho más *whisky* y mi botella se acababa.

El timbre del teléfono se puso a sonar. Descolgué el micro.

—¿Sí?

—Soy Gaston.

Era mi productor, Gaston Valéry.

—¿Has terminado ya el final, Pierre?

—No.

—¿Cómo que no? Te di el encargo hace tres días...

—Estuve pensando.

—¿En qué?

—¿En qué va a ser? En el final.

—No tienes que pensar nada. Tu muchacho acaba con toda la pandilla y luego se va silbando en busca de su chica.

Ya se lo dije a ustedes... Silbando.

—Eh, Pierre, ¿te pasa algo?

Me pasaban muchas cosas. Se me retorcían las tripas y no era por efectos del *whisky*, sino porque veía que, si la película no terminaba con la muerte del protagonista, quedaría destruido todo mi trabajo.

—Gaston, ¿por qué no dejas que muera?

—Ni hablar. Yo no hago un filme que termine mal.

—¿Quién te ha dicho que va a terminar mal...? Los espectadores pensarán que la chica encontrará otro hombre y que serán felices.

—Eres muy ingenioso.

—Gracias.

—Se me ocurre una pregunta, ¿por qué no utilizas ese ingenio en tu trabajo?

Así son de sarcásticos algunos productores. Casualmente, ellos sólo tienen ingenio para morder a las personas que les rodean.

—Gaston —dije—. ¿Te acuerdas de *Brigada 21*, aquel filme de Kirk Douglas? A él lo mataban y no era precisamente Al Capone quién apretaba el gatillo, sino un delincuente de tres al cuarto. La película fue un éxito mundial. Admito que el público se impresionaba al final, que guardaban silencio mientras salían. Pero todos decían que habían visto un filme maravilloso... Y puedo contarte muchos más casos.

—Oye, muchacho, no te canses. Si Kirk Douglas quería morir, era cuenta de él. El protagonista de mi película no va a morir, y eso es algo que está decidido. Ya sabes, escena amorosa, y beso largo, muy largo...

—De acuerdo.

—Así me gusta. Que seas un buen chico. Pero óyeme bien. Quiero el final para mañana. No te concedo más tiempo.

—Tengo que pensarlo.

—Ya lo has pensado. Mañana, o tendrás que buscarte otro productor para tus próximos argumentos.

—Está bien. Mañana.

Colgó y yo lo hice a continuación.

Bebí el último *whisky* de la botella, un dedo. Así estaban las cosas cuando todo empezó.

¿Y qué es lo que empezó? Yo se lo diré, hermano. Una historia de muerte y de sangre.

Pero será mejor que cuente las cosas tal como ocurrieron, desde el primer segundo. Después de apurar el último trago de *whisky*, arrojé la botella a un sillón. Tenía que escribir otro final de mi historia, y cuanto antes lo hiciese, mejor.

Gustosamente habría cerrado los ojos, pero un escritor necesita tenerlos abiertos mientras teclea en la máquina.

Me senté ante mi portátil, inspiré profundamente, y me dispuse a cometer el crimen. Sí, eso era lo que iba a hacer, aunque parezca paradójico, puesto que se trataba de conservar la vida del protagonista masculino.

De pronto, sonó el timbre de la puerta.

No esperaba a nadie. Le había dicho a Nicole que tenía trabajo, y que hasta el fin de semana no estaría libre.

Claro, que podía ser Nicole. Ella es una rubia que se aburre si no está en compañía de un hombre. Casualmente, yo era ahora su hombre.

Llamaron otra vez. En aquella llamada había algo de imperioso, urgente.

—Está bien, está bien —dije.

Al abrir, un hombre saltó al interior y casi tropezó conmigo.

—Eh, ¿qué le pasa a usted? —rezongué.

El hombre me miró. Estaba sudoroso y jadeaba como si hubiese hecho una larga carrera. El cabello le caía sobre la frente. Era muy moreno y un palmo más bajo que yo. Sus ojos eran negros y su labio superior se levantaba un poco. Poseía esos labios que nosotros, los escritores, llamamos leporinos.

—Tiene que ayudarme... —dijo.

—Eh, un momento. ¿Quién es usted? El desconocido titubeó.

—Henri Boudet, ése es mi nombre.

—Está bien, señor Boudet. ¿En qué debo ayudarle? ¿A apagar el

luego que se ha prendido en su casa?

Yo vivía en el campo, a unos treinta y cinco kilómetros de París. Había comprado aquella casita utilizando los beneficios de mis tres últimos guiones. Uno de ellos había sido un éxito y los otros dos habían dado lugar a filmes discretos, pero que resultaban taquilleros. Debo aclarar que había escrito teniendo en cuenta la comercialidad, pero ahora me sentía asqueado de eso y quería hacer algo bueno, de aquí que me atreviese a matar al protagonista. Había comprado mi choza a la Compañía de Inversiones Inmobiliarias La Tierra, la cual construyó un bonito grupo en aquel lugar. Las casas resultaban bastante caras y hasta ahora estaban ocupadas media docena. Sólo conocía a un par de vecinos, un compositor musical y un agente de seguros. Pensé que Boudet sería otro vecino a quien yo no conocía.

Sonrió débilmente.

—No, no se me ha pegado fuego a la casa.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Tiene que llevarme a París.

—¿Y por qué?

—No pregunte, por favor...

—Oiga, señor Boudet, acaba de anochecer y no tengo ninguna intención de ir a París.

—Usted tiene coche, ¿verdad?

—Sí, todos los que vivimos aquí lo tenemos.

—Entonces, déjemelo.

—No me seduce su plan, señor Boudet. ¿Vive usted aquí?

—Sí, vivo aquí.

—¿Por qué miente?

—¿Cómo?

—Usted no vive en este lugar —martilleé. De pronto, oímos el ruido de un motor.

Mi visitante corrió hacia la ventana, apartó los visillos y miró fuera con mucho cuidado.

El ruido del motor se perdió a lo lejos. Entonces, Boudet dio un suspiro.

—Demonios, creí que eran ellos.

—¿Cuántos son?

—Dos.

—Imagino que son policías. ¿Es eso, señor Boudet? Usted ha quebrantado la ley.

—No, se equivoca. No soy ningún delincuente...

—Entonces, ¿por qué huye?

—Oiga, no podemos perder tiempo. Lo crea o no, me estoy jugando la vida.

Sentí deseos de reír. He escrito no menos de cuatro guiones acerca de persecuciones, historias de tiros.

Un personaje de aquellos que actuaba en mis guiones había entrado en mi casa y decía que iba a ser muerto de un momento a otro.

—No voy a mover un dedo por usted, señor Boudet.

—No diga eso, y deme la llave del coche. Sólo eso. Le dejaré el auto donde usted diga. Palabra.

—Lo siento, pero usted ya debe de conocer el proverbio: «No dejes la mujer ni el auto a nadie, si no quieres que te devuelvan la mercancía estropeada».

Boudet metió la mano por debajo de la chaqueta y sacó una pistola.

Era negra, brillante.

—Tendrá que darme la llave de contacto —dijo.

—Utiliza unos medios muy persuasivos.

—Usted no me ha dejado otro remedio.

Sopesé unos segundos la situación. Debí mordirme la lengua, pero le dije:

—Está bien. Lo llevaré yo.

Boudet entornó los ojos y me observó atentamente.

—No piense jugármela.

—No lo pienso.

—¿Cuál es su nombre?

—Pierre Bresson.

—Está bien, señor Bresson. Se lo repito. Yo estoy en peligro de muerte. Tengo que defenderme porque me gusta seguir viviendo.

—Le comprendo —dije por decir algo, aunque no entendía nada.

—Quiero que se lo meta en la cabeza, porque estoy seguro de que usted también querrá seguir viviendo.

—Oh, sí, la vida es maravillosa.

—Tendrá que obedecerme en todo, señor Bresson.

—Entiendo que sólo se trata de llevarle a París.

—Sí.

—No me diga después que lo lleve a Marsella, a Berlín o adonde demonios le parezca.

—Sólo se trata de llevarme a París.

—Yo lo llevaré a la dirección que usted me indique y se acabó.

—Trato hecho, señor Bresson. Eché a andar hacia el dormitorio.

—Eh, ¿adónde va? —dijo Boudet.

Al volverme, vi que tenía el dedo en el gatillo.

—Quiero ponerme un suéter más grueso que el que llevo —expliqué—. También necesito mi cartera. Si la policía nos detiene en el camino, tendré que enseñar mi documentación.

Dije aquello intencionadamente, para ver el efecto que le causaba lo de la policía. Pero no le produjo ninguna clase de impacto. Por el contrario, sacudió la cabeza afirmativamente.

—Está bien, pero yo iré con usted.

—Como quiera.

Entré en mi dormitorio y él lo hizo seguidamente.

Me quité el suéter liviano y me puse otro más fuerte, de cuello redondo, color azul marino.

—Todavía no me ha dicho el motivo de la persecución, señor Boudet.

—No hace falta que lo sepa.

—Es muy poco delicado por su parte. ¿No le parece?

—Le repito que es mucho mejor para usted que lo ignore.

—Pero suponga que nos dan alcance.

Súbitamente, los ojos de Henri Boudet reflejaron gran temor.

—No diga eso, no lo diga.

—He hablado de una hipótesis.

—¡No ocurrirá! Coja la documentación y vámonos de una vez.

Abrí el armario en donde estaban colgados los trajes y saqué mi cartera, que coloqué en el bolsillo trasero del pantalón. Luego tomé el llavero. Allí estaban las llaves más importantes, la de casa, la de contacto y la de la cochera. Me puse una chaqueta deportiva.

—Listo —dije.

Fuimos a la salida de la casa.

—Espere un momento. Yo abriré —dijo—. Apague antes la luz.

Di vuelta al conmutador y nos sumergimos en la oscuridad.

Entonces, Boudet abrió la puerta. Lo hizo poco a poco, mirando por el resquicio.

Se oyó el motor de otro coche, más lejos que el de antes.

Boudet me ofrecía su cuello. Sentí deseos de pegarle en él con el filo de la mano.

¿No lo hacían así los tipos duros de mis guiones? Luego, podía llamar a la policía y ellos se ocuparían de todo lo demás. Lo pensé demasiado. Boudet volvió la cabeza.

—Vamos, señor Bresson.

Tenía mi auto en la cochera.

Abrí la puerta con la llave correspondiente.

Yo me senté al volante del «Tiburón» y Boudet lo hizo a mi lado. Seguía con la pistola en la mano.

—No hace falta ya que me amenace con el arma, ¿no le parece? Boudet emitió un gruñido.

—No la tengo a la vista para amenazarlo a usted. Apuesto a que va a cumplir. Se trata de los otros. Pueden aparecer en cualquier momento.

Aquello no me gustó nada. Demonios, yo sólo era un escritor que me ganaba la vida rellenando papeles, inventando historias, y otra cosa muy distinta era la realidad. ¿Qué me importaba a mi Boudet y el condenado lío en que estuviese metido? Sin embargo, allí estaba yo, a punto de emprender una carrera que podía terminar en la Morgue. Y ésa era una idea que no había salido de mi cabeza. Boudet había dicho claramente que los otros no iban a tirarnos pastelillos si nos descubrían.

—Vamos. ¿Qué espera? Saque el auto de aquí —dijo Boudet. Puse el motor en marcha y salimos de la cochera.

—A la izquierda —ordenó.

Tomé aquella dirección. A unos cien metros nos encontraríamos en la carretera que conducía a París. Una buena autopista.

Las casas de la Compañía La Tierra pasaron frente a nosotros. La de mi amigo el compositor tenía iluminado el *living*, pero las demás estaban envueltas en la oscuridad.

—¿Adónde he de llevarlo? —pregunté cuando estuvimos en la autopista.

—Ya se lo diré cuando entremos en París.

—¿Por qué no ahora?

—Soy yo quien manda.

Sentí el primer escalofrío. ¿Por qué no me decía adónde lo debía llevar? ¿Y si en un momento determinado queríase hacer el dueño del auto? En tal caso, lo haría dejándome sin conocimiento. ¿O me iba a matar?

—Eh, oiga, Boudet, quiero dejar bien sentado que lo llevaré de buena fe adonde usted quiera.

—Claro, hombre, claro.

Había cierta sorna en su tono.

Descubrí unos faros por detrás de nosotros. Se aproximaban rápidamente. Boudet volvió la cabeza y perdió la serenidad.

—¡Ahí están...! ¡Son ellos...! ¡Apriete el acelerador!

—Ya lo estoy apretando.

—¡Más, maldita sea...! ¡Hasta el fondo!

—¿Quiere que nos matemos?

—No sea estúpido. ¿Todavía no lo ha comprendido? Si nos atrapan, nos matarán a los dos.

—¿A mí, por qué? Yo no tengo nada que ver con sus negocios.

—Le contestaré, hombre listo. Lo matarán porque usted me acompaña. Me tienen que liquidar a mí y no pueden dejar ningún testigo. ¿Lo ha comprendido o quiere que se lo repita?

—Lo he comprendido.

Apreté el acelerador hasta el límite. Era una locura correr a aquella velocidad, incluso por una autopista. En aquel trozo no había tráfico, pero cinco kilómetros adelante, la cosa iba a cambiar mucho. Conocía bien el camino a París.

Momentáneamente nos alejamos de los faros.

Poco después y tal como esperaba, el tráfico empezó a hacerse más intenso, justo cuando dejamos atrás uno de esos laberintos con puentes y arabescos que se construyen ahora para facilitar el acceso a las rutas nacionales de los vehículos que llegan por los caminos secundarios.

Tuve que retirar el pie del acelerador.

Los faros se aproximaron con mucha rapidez.

—¿Qué es lo que hace? —Ladró Boudet.

—No podemos seguir corriendo alocadamente.

—Claro que puede.

—Nos estrellaremos contra otro coche. Pero tengo una idea.

—¿Qué idea?

—Pararé el auto en cuanto veamos una pareja de agentes.

—¿Es que se ha vuelto loco? —gritó.

—¿No le gusta?

—Absolutamente nada.

—¿Por qué no quiere que pidamos ayuda a la policía?

—Déjese de pamplinas ahora y corra.

—Sus perseguidores ya no nos soltarán hasta que lleguemos a nuestro destino. Hay muy poca distancia hasta París. Quíteselo de la cabeza, señor Boudet. No podremos desembarazarnos de ellos.

Le dirigí una rápida mirada y vi cómo se mojaba los labios con la lengua. Estaba realmente preocupado.

Al cabo de unos instantes, dijo:

—Yo tengo una idea mejor que la suya.

—¿Cuál?

—Me arrojaré del coche.

—Tendré que parar.

—Nada de parar —repuso. Hice una mueca.

—Eh, oiga, ¿es que quiere suicidarse?

—Aténgase a las instrucciones y no discuta, señor Bresson.

—¿Y cuáles son las instrucciones?

—Cuando lleguemos a la próxima curva tendrá que frenar.

—Claro, tendré que frenar o empezaremos a dar vueltas de campana.

—Pero no bajaré de ochenta. Unos metros más allá de la curva, antes de que ellos aparezcan, saltaré.

—¿Va a saltar a ochenta...? Es la velocidad que llevaremos.

—Saltaré.

—Señor Boudet, sus trozos tendrán que recogerlos con un pañuelo.

—Es un riesgo que tengo que correr.

¿Y si me las tenía que ver con un loco? Hasta entonces no había pensado en esa posibilidad.

—Estamos llegando a la curva —dije—. ¿Por qué no cambia de idea?

Boudet volvió la cabeza y miró por la ventanilla trasera. Yo miré también por el espejo retrovisor y vi que el coche que nos perseguía estaba a unos cien metros.

—¿Sigue pensando en tirarse? —pregunté.

—Es la única solución. Y si pretende oponerse, le pego un tiro.

—Usted es el que manda.

Frené y la aguja bajó rápidamente. Tomé la curva.

—Acelere —dijo Boudet.

Acelaré, pero en seguida retiré el pie del pedal. No quería que se tirase a ochenta, pero él se dio cuenta de mi maniobra y abrió la portezuela.

—¡Espere!

No esperó. Se arrojó por el hueco.

CAPÍTULO II

Vi cómo rodaba como una pelota por el lado derecho de la carretera y se perdía por entre unos arbustos.

Adiós, amigo Boudet. R.I.P.

No era posible que se salvara, pero él lo había querido así.

De pronto me di cuenta de que yo no sabía nada de aquel hombre. Ni siquiera había tenido tiempo de decirme a qué lugar de París debería llevarlo.

¿Quiénes eran sus perseguidores? ¿Por qué querían atraparlo? El propio Boudet había dicho que era preferible que no lo supiese. Bien, había terminado todo.

¿Había terminado?

El auto de los potentes faros reapareció después de la curva. La maniobra de Boudet había tenido éxito.

Yo no tenía que ir a París. Quería terminar cuanto antes aquella persecución. Pero no estaba en mi ánimo detenerme a un lado de la carretera. El otro coche también se detendría y podrían ocurrir cosas muy desagradables para mí.

Vi una estación de servicio donde muchas veces me detenía. Había un bar con chicas monas.

Me fui derecho al poste y frené.

—Diez litros, Charles —le dije al muchacho.

—¿Aceite?

—Échale un vistazo. Mientras tanto, tomaré un café.

—Sí, señor. Se lo dejaré en la puerta.

El otro coche, un «Mercedes», llegó en aquel momento y se puso detrás del mío. Boudet había dicho la verdad. Sólo eran dos tipos. El que conducía poseía un bigote muy espeso y el otro tenía la cabeza cuadrada. No les presté más atención porque ellos también me la estaban dedicando a mí y no me gustó mucho la forma en que me miraban.

Me dirigí al bar restaurante, pero antes de entrar volví la cabeza. Cabeza Cuadrada estaba mirando el interior de mi coche, preguntándose quizá cómo se las habría arreglado Boudet para desaparecer.

La pelirroja pecosilla que respondía al nombre de Sabine, me sonrió. Era una delicada criatura.

—¿Cómo está, señor Bresson?

—Muy bien —mentí, porque yo estaba pasando un mal rato desde que Boudet apareció en mi casa.

—¿Qué va a tomar?

—Un *whisky*.

Me senté en un taburete y ella me puso el *whisky* delante. Oí que la puerta se abrió y miré por el espejo.

Allí estaba Cabeza Cuadrada. Echó una mirada por el local y se puso en marcha hacia mí.

Aparte de nosotros, sólo había dos clientes. Hablaban de negocios en una mesa.

Cabeza Cuadrada se sentó en el taburete de al lado.

—Un café —dijo—. No muy largo.

Bebí un trago de *whisky* y entonces Cabeza Cuadrada, dijo:

—¿Dónde está él?

Naturalmente, la pregunta era para mí, pero no le hice caso.

—Eh, compañero. Me estoy dirigiendo a usted.

Le eché una mirada. Su cara era muy blanca, con ojos verdosos, unos ojos que parecían trozos de hielo a los que hubiesen echado unas gotas de pipermin.

—¿Qué quiere? —inquirí.

—Le he preguntado por él.

—¿A quién se refiere?

—No me gusta eso, compañero. Usted y yo sabemos perfectamente lo que hablamos. ¿Dónde lo dejó?

Yo me estaba preguntando qué importancia tenía que les dijese la verdad. Aunque no toda.

—Saltó de mi auto —contesté.

—¿Dónde?

No, no les iba a decir toda la verdad.

—Un par de kilómetros antes de la estación de servicio.

Boudet había saltado a unos cuatro kilómetros de la estación. Mi

información era buena... para que no lo encontrasen.

La pecosilla sirvió el café a Cabeza Cuadrada, y éste bebió un trago sin echarle azúcar.

—Me gusta amargo —dijo al ver que yo lo seguía mirando.

Respeto el gusto de los demás, de modo que no me sentí con ganas de hacer el menor comentario.

—Compañero —dijo—. ¿Qué le contó él?

—Nada.

Sonrió, pero sus ojos siguieron pareciendo de hielo.

—Tuvo que decirle algo —insistió.

—Sólo que le perseguían.

—¿Y por qué lo perseguían?

—Eso no me lo contó.

—¿Adónde debía llevarlo?

—A París.

—París es muy grande, ¿a qué parte?

Respiré profundamente. Aquel tipo me estaba molestando con sus preguntas. ¿Por qué infiernos tenía que contestarlas?

—Eh, amigo —le dije—. ¿Es usted de la policía?

—No, no lo soy.

—Eso suponía. De modo que ya terminé de contestar a su interrogatorio.

No pronunció palabra durante unos instantes. Después dedicó su atención a su taza. Bebió el resto del café y pagó con una moneda. Luego, sin decir nada, bajó del taburete y salió del local.

Ya había terminado todo. La pecosilla me sonrió.

—¿Le ha hablado a su productor de mí, señor Bresson?

Un tipo que está metido en el cine tiene mucho partido con las chicas de los bares. Todas quieren hacer cine, convertirse en grandes estrellas.

—Hice la recomendación, pero lo demás depende de él.

—¿Le entregó las fotos?

—Sí.

Se trataba de unas fotografías en que la pecosilla estaba en bikini. Eran unas fotografías muy buenas, pero Sabine ignoraba que a mi productor le llegaban semanalmente centenares de fotografías de sensacionales muchachas en bikini, y hasta en monokini.

—No te preocupes, Sabine. Se lo recordaré.

—Es usted muy amable —me hizo un guiñito de ojos—. Si alguna vez se encuentra aburrido, dígamelo.

—No quiero que me agradezcas el favor. ¿Lo oyes bien?

—Sí.

—Pues métetelo en la cabeza. Si hago algo por ti, es sin interés.

—No se enfade.

Me di cuenta de que realmente estaba enfadada, pero no en contra de Sabine, sino contra Cabeza Cuadrada.

Pagué el *whisky*, me despedí de Sabine, saliendo del local. Allí tenía el coche, cerca de la puerta.

No había rastro del «Mercedes» de los dos tipos. Claro, estarían buscando a Henri Boudet donde dije que había saltado.

Charles vino hacia mí.

—No le puse aceite porque no le hacía falta. Pagué la gasolina y agregué algo más.

—¿Viste a los dos tipos que llegaron detrás de mí, los del «Mercedes»?

—Sí, claro. Les serví también diez litros —contestó Charles.

—¿Adónde fueron?

—Retrocedieron.

—¿Los habías visto otra vez?

—No.

Le di las gracias y me senté al volante. Yo también retrocedí hacia mi casa.

Me fijé en la parte izquierda, un par de kilómetros más allá. Creí ver el «Mercedes», pero no descubrí a ninguno de los dos tipos.

Cuando llegué cerca de la curva, saqué el coche de la carretera. Me quedé unos momentos quieto, con las manos en el volante. ¿Qué esperaba encontrar? Boudet sería un cadáver y tendría que informar a la policía. Pero ¿y si no había muerto? Podía estar malherido.

Salté del auto y, aprovechando un claro en la carretera, pasé al otro lado. Calculé aproximadamente el lugar en que Boudet se había arrojado.

De vez en cuando, los faros iluminaban la carretera. Pero no había luz suficiente para descubrir alguna huella. Por aquella parte todos los arbustos eran iguales.

Elegí al azar y me interné.

—¡Boudet! —llamé. No obtuve respuesta.

Desde allí oía el ruido de los coches que pasaban por la autopista.

—Eh, Boudet, soy su amigo, Pierre Bresson... Volví por usted... Si está herido no es necesario que hable. Suelte algún gruñido o un grito.

Presté atención, pero tampoco escuché nada. Me moví hacia la derecha.

De pronto, mis pies tropezaron con un cuerpo. Era Boudet.

Su cabeza estaba ensangrentada.

Me agaché sobre él y lo puse boca arriba.

—¡Boudet!

No dijo nada. Le puse la mano en el corazón. Todavía latía, aunque débilmente.

—Le advertí que era una locura, Boudet.

—Calle —dijo.

—Lo tomaré en brazos y lo llevaré a mi coche. Dentro de un rato estará en un hospital.

—No hay tiempo.

—Quizá sí.

—Déjeme.

—Eso es imposible —contesté y agregué con decisión—: Le llevaré ahora mismo al hospital.

—Espere.

—No puedo esperar nada.

—Estoy listo. Reventado por dentro...

—Sólo puede ser una impresión suya.

—No, amigo mío... Esto se acabó... Tiene que hacerme un favor...

Tragué saliva. Hacer un favor a aquel tipo era muy peligroso. Recordé a Cabeza Cuadrada y a Bigote Espeso, un par de muchachos para una galería de asesinos. Pero, si Boudet no se equivocaba, él era un moribundo, y ya saben ustedes que uno debe escuchar los mensajes que puedan soltar las personas que están a punto de largarse al más allá.

—¿Qué quiere que haga por usted, Boudet?

—Tacón de la derecha...

Pensé que estaba desvariando.

—Coja el papel —dijo—. Dese prisa...

Me moví a sus pies y puse la mano sobre el tacón del zapato de la derecha.

—Hágalo girar hacia la izquierda.

Hice lo que me pedía y el tacón giró. Era un compartimento secreto. Algo cayó en mis dedos. Un papel.

—Venga acá... —dijo Boudet.

Acerqué mi cara a la suya. Daba lástima verla. Estaba tumefacta, llena de erosiones y de sangre.

—Anne-Marie... Tiene que verla...

—¿Anne-Marie?

—Sí.

—¿Quién es? ¿Dónde?

—Rué Marguerite, 277... Entréguele el papel... Dobló la cabeza y quedó inmóvil.

—¡Boudet! —grité, pero él ya no me podía oír, porque estaba muerto. Me puse en pie.

¿Qué hacía ahora? Claro, avisar a la policía. Era mi deber como ciudadano. Eché a andar hacia la carretera y me detuve nuevamente.

No era tan fácil. No se trataba de una muerte corriente. Boudet no había sido atropellado por nadie. Había saltado de mi coche voluntariamente porque otro nos perseguía. Yo no pude impedirlo, porque me había amenazado con una pistola. Miré el papel que conservaba en la mano. ¿Qué contenía para que Boudet lo guardase con tanto celo en el hueco del tacón? Bueno, sólo tenía que ir al auto y leerlo.

CAPÍTULO III

Me senté ante el volante de mí «Tiburón» y encendí la lucecilla del espejo retrovisor. Preferí seguir con los faros apagados, incluidas las luces de posición.

El papel estaba doblado cuatro veces. Lo desdoblé sintiendo una gran emoción. Al fin iba a conocer el secreto de Boudet. Allí estaría explicada su muerte.

Leí lo siguiente:

«Por lo cual, yo repito ser preciso Que declinen los átomos un poco, Para que no parezca introducimos Movimientos oblicuos, que reprueba La razón verdadera; es evidente. Y ven los ojos, que los cuerpos graves. Seguir no pueden dirección oblicua En su caída; pero ¿qué ojo agudo Verá que no se apartan de la recta?».

Eso fue lo que leí.

Estaba clarísimo. Sí, estaba clarísimo que no entendía una palabra. Lo volví a leer tres veces más, una detrás de otra.

¿De qué se trataba?

«Que declinen los átomos un poco». ¿Un secreto atómico? Nosotros, los franceses, teníamos dos bombas, la primera y la de hidrógeno. Al decir la primera, me refiero a la de Hiroshima. Pero ¿y lo demás? Era un verdadero galimatías. Claro, los cuerpos graves al caer no siguen una dirección oblicua. ¿Y qué quería decir la pregunta de «qué ojo agudo verá que no se apartan de la recta»?

Me di cuenta de que no podía seguir allí. Aunque me quedase

hasta el próximo invierno, continuaría sin descifrar el mensaje. Y debía tener en cuenta a los dos fulanos, Cabeza Cuadrada y Bigote Espeso. Se podían cansar de buscar en el lugar donde yo les había señalado. Llegarían a la conclusión de que Boudet no podía haberse arrojado de mi coche a dos kilómetros de la estación de servicio, porque ellos corrían detrás de mi y lo tenían que haber visto. Entonces les sería fácil deducir que yo los había engañado y que Boudet sólo pudo arrojararse a la salida de la curva.

Puse el motor en marcha e, instintivamente, emprendí el regreso a mi casa.

No metí el auto en la cochera, lo dejé en la calle, al lado del jardín, porque tuve la vaga sensación de que me iba a hacer falta.

Una vez en mi casa, recordé que no me quedaba *whisky*, pero tenía ginebra y me serví una copiosa ración con dos cubitos de hielo.

Bien, allí no me atraparían los dos fulanos, Cabeza Cuadrada y Bigote Espeso, puesto que no sabían dónde vivía.

Me senté en el sillón, cogí el mensaje y le presté la máxima atención. Leí palabra por palabra. Cada dos líneas retrocedía para encontrar el sentido. Pero tras quince minutos de profundas reflexiones, me encontré en el mismo lugar que estaba antes de empezar.

Dios mío, ¿qué clase de tonto era yo? Boudet había agregado algo más. No se había limitado a regalarme aquel papel que era un jeroglífico. Había citado el nombre, de una mujer, Anne-Marie, y una dirección, Rué Marguerite, 277, donde debía entregar la misteriosa misiva.

«Eso es, Pierre, ¿por qué meterte en más líos? Cumplirás con el moribundo yendo a Rué Marguerite, 277. Allí verás a Anne-Marie, le das el papelito y te vienes a casa a terminar el final glorioso que quiere tu productor. No pretendas hacer el James Bond. Esto es la vida real, y ya puedes estar seguro de que la pareja de individuos del “Mercedes” son dos asesinos. Es preferible que no les vuelvas a ver la cara, o te encontrarás con una sorpresa desagradable».

Pudo más la curiosidad. Cogí el tomo correspondiente a la guía

telefónica y busqué el número 277 de Rué Marguerite. Había cinco números telefónicos. Marqué el primero, el de Henri Duval. Sonó tres veces y cogieron el auricular.

Era una niña.

—¿Quién eres?

—Henriette.

—Quiero hablar con Anne-Marie.

—¿Anne-Marie? Aquí no vive —dijo, y colgó sin agregar otra cosa. Di un suspiro y marqué otro número, el de un tal Ramadier.

—¿Quién es? —Ladró un tipo.

—Busco a Anne-Marie.

—¿Anne-Marie?

—Sí, dígle que quiero hablar con ella.

—Oiga, ¿quién es usted?

—Un amigo de Anne-Marie.

—Ya lo atrapé, canalla.

—¿Cómo?

—Está usando una clave. Sólo quiere hablar con mi mujer. Usted es ese maldito de Jean Revel. He identificado su voz.

—Eh, oiga, se equivoca.

—Sí, ¿eh? Yo le voy a decir lo que voy a hacer con usted si lo vuelvo a encontrar en la puerta de la calle mirando a mi mujer... Lo voy a hacer picadillo.

Colgué con tristeza. Hay tipos celosos, y a mí me había tocado cargar con uno. Marqué el tercer número. El tipo se llamaba Lavande.

Esta vez hablé con una mujer de voz fina, educada.

—¿Quién llama? —preguntó.

—Soy un amigo de Anne-Marie. Quisiera hablar con ella.

—¿Anne-Marie Fourastié? Yo no podía elegir.

—Sí, eso es.

—Tendré que avisarla. Vive en el piso de arriba. Puerta número siete.

—Es usted muy amable. Espero.

Al fin lo había conseguido. Aquélla era la Anne-Marie a quien Boudet se había referido. Pero ¿qué iba a hablar con ella? Bueno, debía asegurarme de que se trataba de la amiga del muerto. Luego, concertaría una cita.

Encendí un cigarrillo y bebí un trago de ginebra. Por fin, oí una voz de mujer, distinta a la de antes.

—¿Quién está ahí?

—¿Anne-Marie?

—Sí.

—Usted no me conoce.

—Pero tendrá un nombre.

—Desde luego, como todos. El mío es Pierre Bresson.

—¿Qué quiere, señor Bresson?

—Estuve hablando con Boudet esta noche.

—¿Boudet...? ¿A quién se refiere?

—Henri Boudet.

—Perdone, pero no conozco a nadie de ese nombre. Me sentí un poco confuso.

—Oiga, Anne-Marie... Henri vino a mi casa... Estuvimos hablando... Luego él me dijo que lo llevase a París... No tuve inconveniente, pero resulta que...

—Continúe.

Así que la muy picara estaba interesada. Sonreí.

—Bueno, Henri se sintió indispuerto en el camino y tuvimos que suspender el viaje. Falta decir que Henri se disponía a hablar con usted, a visitarla.

—Oiga, ya le he dicho que yo no conozco a ese Boudet. Tampoco lo conozco a usted. No entiendo nada.

—¿Por qué, entonces, me obligó a contarle la historia?

—No sé. Simple curiosidad. Pensé que en cualquier momento encajaría yo, pero, si ya terminó su relato, sigo sin comprender el motivo de su llamada.

Ante aquella respuesta tan contundente, titubeé.

—Oiga, Anne-Marie. ¿No hay otra Anne-Marie por ahí?

—Sí, en este barrio hay muchas —dijo con sarcasmo.

—No me refiero al barrio, sino concretamente al 277 de Rue Marguerite.

—Yo soy la única Anne-Marie que vive en esta casa.

—Estupendo. Entonces, Henri Boudet sólo se podía referir a usted.

—Oiga, señor Bresson, tiene usted una forma extraña de conquistar a las mujeres.

—¿Qué?

—¿Quiere dejarme en paz?

—¡Espere un momento!

Pero ella no esperó un segundo más y colgó.

También dejé el auricular en la horquilla y me quedé pensativo.

No, no había ninguna duda. Boudet se había referido a la Anne-Marie que acababa de hablar conmigo. ¿Y si Henri Boudet y Anne-Marie no se conocían? ¿Y si Boudet era sólo un agente que debía hacer llegar el papelito a Anne-Marie, para que ella, a su vez, le diese curso?

Bebí de una sola vez lo que quedaba de ginebra en el vaso.

Bueno, ¿por qué no lo olvidaba todo? Yo había intentado cumplir con la misión de Boudet.

«Ahora dices una gran verdad, muchacho. Tienes un trabajo que cumplir. Recuerda que tu productor te ha marcado un plazo improrrogable. Debes entregarle mañana el final de tu guión. Anda, dime, Pierre, ¿quién pagó esta casa? ¿Quién pagó tu coche? ¿Y quién te da dinero para alimentarte? Es tu productor. Nadie te va a indemnizar el tiempo que emplees en jugar al escondite. Y después de todo, un asunto de espionaje es una partida donde se puede dejar uno la piel».

Eché una mirada al mensaje que había encontrado en el tacón del zapato de Boudet. Me acerqué a la mesa y lo metí dentro del guión que debía corregir, cuyo título era *Asesinato a la hora del desayuno*.

Me senté otra vez ante la máquina portátil y metí un folio.

Me puse a fumar mientras pensaba en el protagonista de mi argumento, concretamente en el instante que estaba peleando con cuatro fulanos y todos ellos usaban pistola.

¿No era lógico que recibiese dos tiros en la barriga? No, ahora debía poder con los cuatro.

Pero ¿por qué no iba en busca de Anne-Marie? ¿No había dado ya con ella? ¡Al diablo Anne-Marie! Mi protagonista era mucho más importante.

Puse las manos encima de las teclas. Ahora iba a empezar.

Recordé la cara de Henri Boudet llena de sangre y de cortes,

hinchada, sus labios moviéndose, transmitiéndome sus últimas palabras.

Me levanté de un salto. Ya estaba decidido. Iría al 277 de la Rué Marguerite. Entonces, oí que se abría la puerta.

Miré hacia allí y vi entrar a mis dos conocidos: Cabeza Cuadrada y Bigote Espeso.

CAPÍTULO IV

—Hola, compañero —dijo Cabeza Cuadrada.

—¿Usted aquí?

—Celebro que me reconozca.

—¿Qué quiere? —pregunté.

—Me informó mal.

—No le entiendo.

—Claro que lo entiende, pero yo le refrescaré la memoria. Le pregunté por su pasajero, y usted me dijo que se había arrojado de su auto.

—Le, dije la verdad.

—Pero no dijo la verdad con respecto al lugar. Estuvimos allí y no lo encontramos.

—Es de noche. No debieron buscar bien.

—Buscamos bien.

—Verá, existe una fácil explicación —repuse.

—¿Cuál?

—Ese hombre que les interesa no iba a estar allí esperándoles. Saltó del auto y se largó. Si tienen ustedes su dirección, no les será difícil encontrarlo. Yo no conocía a mi viajero y no les puedo dar otra clase de informe.

Dejaron correr unos segundos. Los dos seguían junto a la puerta. Bigote Espeso tenía la cara ancha, la nariz chata, los ojos muy separados. Lo miraba todo con aire de aburrimiento.

Cabeza Cuadrada dijo:

—Lo encontramos.

—¿Qué?

—Encontramos a su amigo.

—No era mi amigo.

—Bueno, el caso es que dimos con él. Pero no en el sitio que usted dijo, sino al lado de la curva.

Yo había sido un tipo listo al marcharme de allí. Sí, tal como había supuesto, aquellos dos hombres utilizaron la inteligencia y pensaron que Boudet habría saltado en la curva.

—Si lo encontraron, ¿por qué vienen aquí? —pregunté de nuevo.

—Estaba muerto.

—Oh, no —dije, poniendo mi más convincente cara de asombro.

—¿No sabía que estaba muerto?

—Claro que no. ¿Por qué habría de saberlo?

—Quizá lúe allí para informarse de cómo estaba. Es posible que usted se sintiese responsable.

—Se equivoca. No me sentí responsable, de nada.

—¿Por qué le ayudó usted?

—Vino aquí y me amenazó con una pistola.

—Sí, Henri era aficionado a usar el arma.

—¿Me quieren decir ahora quiénes son ustedes? Ninguno de ellos contestó.

Al cabo de un rato, Bigote Espeso dejó oír su voz, demostrando que no era mudo.

—Tiene usted una bonita casa, señor Bresson.

—Sí, la estrené hace poco.

—Debe ganar mucho dinero.

—Soy guionista de cine.

—No me diga.

Así es la gente. Todo el mundo se extraña de conocer a un director, a un productor, o a un guionista de cine. Para ellos se trata de un mundo alejado, algo así como si los que trabajan en el cine viviesen en otro planeta. Por eso, cuando conocen a un individuo relacionado con la industria cinematográfica, hacen gestos de asombro y lo miran a uno como si fuese un bicho raro. Bigote Espeso no era una excepción.

—¿Qué películas ha hecho? —preguntó.

—¿Vio *Todos estaban muertos*?

—No.

—Creo que le habría gustado. Hay muchas peleas y muchos tiros.

—¿Trabajaba Eddie Constantine?

—No.

—¿Y Jean Paul Belmondo?

—Tampoco.

—¿Lino Ventura?

—No, tampoco trabajaba Lino Ventura.

—Entonces debió ser una birria.

—Los espectadores opinaron lo contrario.

—Bueno, hay gente que no entiende de cine.

—Sí, eso es cierto.

—Las mejores son las de Eddie Constantine, Belmondo y Lino Ventura. En todas las demás, dan gato por liebre. Pero no se excuse. Hay que ganarse la vida de alguna manera y si sus peliculitas le dan para vivir en esta casa, significa que es usted un tipo listo.

—No me queje de mi inteligencia.

—Me alegra mucho oírle decir, eso, porque ahora necesita ser muy inteligente. Hizo otra pausa. Yo sabía a lo que se iba a referir, pero enarqué las cejas.

—No lo entiendo.

—Voy a ser más claro. A propósito, ¿cuál es su nombre?

—Pierre Bresson.

—Está bien, señor Bresson. Mi primera pregunta es ésta. ¿Dónde está lo que sacó del tacón?

Parpadeé con la mayor naturalidad.

—¿Qué tacón?

—El del muerto, y si quiere que le diga más, el derecho.

—No entiendo nada.

—Malo, señor Bresson.

Cabeza Cuadrada levantó una mano interrumpiendo a su compañero y dijo:

—Señor Bresson, queremos facilitarle las cosas. No tenemos nada contra usted. Sólo queremos que nos dé lo que sacó del zapato derecho de Henri Boudet.

—No saqué nada.

Cabeza Cuadrada se echó a reír.

—Luego estuvo allí.

—Vimos sus marcas, señor Bresson.

—¿Qué marcas?

—Las huellas de usted.

—Les aseguro que no he vuelto a ver a Henri Boudet desde que

bajó de mi auto.

Cabeza Cuadrada y Bigote Espeso se miraron. Fue ahora el segundo quien tomó la palabra.

—Señor Bresson, a usted no le debe gustar nada perder lo que tiene. Esta linda casa, con, su jardincito, su auto que lo lleva a todas partes para que pueda disfrutar de la vida, y apuesto a que también tiene lindas amiguitas con las que pasa buenos ratos.

—Estoy conforme, todo eso me gusta mucho, y no quisiera perderlo.

—Pues entonces, colabore.

—Ya estoy colaborando con ustedes. Contesto a todas sus preguntas. ¿Qué más quieren?

Cabeza Cuadrada metió la mano en el bolsillo. Cuando la sacó, vi brillar algo en ella. Ahora tenía nudillos de bronce.

—¿Sabe lo que es esto? —preguntó.

—Uno de mis personajes, en una de mis películas, maneja una cosa muy parecida.

—Me alegro. ¿Y qué pasaba cuando ese muchacho manejaba los nudillos de bronce?

—Le destrozaba la cara al otro.

Cabeza Cuadrada golpeó los nudillos de bronce contra la palma de la otra mano, produciendo unos chasquidos terroríficos.

—Sí, estos nudillos hacen mucha pupa. Usted tiene una cara que debe hacer estragos en las chicas... Es guapo, varonil.

—Muy amable.

—Sería una lástima que mañana no pudiese conquistar a ninguna chica. Bueno, ni mañana ni pasado. No podría conquistar a ninguna, a menos que le hiciesen una buena operación de cirugía estética.

—No me gusta que me amenacen.

—Tampoco nos gusta a nosotros que nos tomen el pelo.

—¿Quién les está tomando el pelo?

—Usted, desde que entramos.

Bigote Espeso exhibió su pistola. La había sacado de la axila. Era del mismo modelo que la que había visto en poder de Henri Boudet. Quizá se habían puesto de acuerdo para adquirirlas en el mismo establecimiento porque las saldaban.

Era la segunda vez aquella noche que me apuntaban con un

arma.

Bigote Espeso apuntó a mi vientre.

—Señor Bresson —dijo con voz súbitamente enronquecida—, parece que no nos comprende.

—Claro. Los entiendo perfectamente.

—Entonces, entréguenos el mensaje que encontró en el tacón.

—Pero ¿qué puedo hacer si no lo tengo?

—Lástima —dijo Bigote Espeso, y puso el dedo en el gatillo.

Yo estaba sudando a mares. Sentía cómo la camisa se me pegaba a la espalda.

Pensé que ya había soportado aquel tormento bastante tiempo. Sólo tenía que acercarme a la mesa, abrir mi guión y sacar el mensaje de Henri Boudet. Pero de repente, oí mi voz interior: «Si haces eso, eres hombre muerto, Pierre. No te queda la menor duda. Recuerda las palabras de Boudet. No pueden dejar ningún testigo tras de sí. Tú has leído el mensaje y ellos lo supondrán, porque es la mar de lógico. No pueden dejarte vivo después que te enteraste del contenido de ese condenado papel, aunque no entendiste una palabra. ¿Qué harás, les suplicarás por tu vida...?».

—Amigos, ustedes se equivocan —dije—. Se lo repito. No conocía a ese hombre, a Boudet, o como quiera que se llame. Me obligó por la fuerza a que lo llevara a París. Saltó en el momento que él quiso, después de la curva. Es verdad que los engañé intencionadamente, porque quería verme fuera de este lío. Me importaba un rábano. Ésa es la verdad. Soy un hombre que se gana la vida escribiendo y quiero continuar así...

Yo lo había soltado todo y ahora tenía que esperar la sentencia.

Cabeza Cuadrada seguía chasqueando sus nudillos de bronce y Bigote Espeso tenía el dedo en el gatillo. Era la pistola lo que me preocupaba porque, de un momento a otro, me podía abrasar los intestinos.

Pasó un minuto que me pareció una eternidad.

Al fin, Bigote Espeso metió la pistola en el lugar de donde la había sacado, en la funda que llevaba bajo la axila.

Luego, Cabeza Cuadrada se quitó los nudillos de bronce y también los guardó.

—Está bien, señor Bresson —dijo Bigote Espeso—. Creo que nos equivocamos.

—Seguro.

—Le vamos a pedir algo.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—Olvídelo todo.

—Desde luego.

—Tiene que olvidar que conoció a Henri Boudet, que usted lo llevó en su auto. Y, sobre todo, tiene que olvidar nuestras caras.

—Desde luego.

—No trate de informar a la policía.

—Descuide.

Bigote Espeso hizo una señal a su compañero y los dos salieron silenciosamente de la casa.

Les oí alejarse por el sendero del jardín. No quise ir hacia la ventana para observarlos. Si me descubrían, podrían volver.

Sonó el ruido del motor. Habían dejado el auto a la otra parte de la calle. Conté hasta diez y entonces fui a la ventana y miré.

Sólo vi mi auto. Ya se habían ido para siempre.

«No digas eso, Pierre. ¿Por qué crees qué se habrán ido para siempre, cuando conservas el mensaje del muerto? Ahí lo tienes, con sus extrañas palabras. Atomos que no pueden caer de forma oblicua, y con esa pregunta tan rara acerca del ojo agudo».

Tomé la botella de ginebra y me serví un par de dedos.

Había tratado de engañarme a mí mismo. Estaba metido en aquel asunto hasta el cuello. No, ya no podía salir de él, hasta que todo hubiese terminado.

Pero tenía un camino. Ir al encuentro de Anne-Marie, al 277 de Rué Marguerite. Seguía sudando como un condenado.

Me desnudé. Fui al cuarto de baño y tomé una ducha refrescante. Fue muy bueno. Luego me vestí con ropas nuevas y salí de la casa.

Encendí un cigarrillo en el porche, mirando a derecha e izquierda. Todo estaba tranquilo. La casa del compositor seguía con las luces encendidas.

Había colocado el mensaje de Boudet en mi pañuelo, en el bolsillo superior de mi chaqueta. Era el truco que había utilizado el protagonista de uno de mis guiones. Todo el mundo lo registraba buscando cierto documento importante, pero a nadie se le había ocurrido mirar en su pañuelo. No era muy ingenioso, pero resultaba

divertido. Además, podría ocurrir en la vida real. ¿A quién se le ocurriría buscar en el pañuelo de bolsillo? Allí estaba Henri Boudet para demostrarlo. Había guardado su papelito en su zapato derecho, en un tacón hueco, y Bigote Espeso y Cara Cuadrada habían dado con él.

Llegué junto a mi auto y me dediqué a limpiar el parabrisas. No tenía necesidad de hacerlo, porque ya lo había limpiado Charles en la estación de servicio, pero quería concederme tiempo para observar si alguien me vigilaba.

No, no vi a nadie, ningún otro auto estacionado en las inmediaciones, ningún hombre escondido detrás de los árboles. Cabeza Cuadrada y Bigote Espeso me habían dejado en paz.

Al fin y al cabo, ¿no se habían despedido diciendo aquellas advertencias de que olvidase y no informase a la policía? Habrían llegado a la conclusión de que alguien antes que ellos se había apoderado del documento y ése no era yo.

Me metí en el coche, y por segunda vez en aquella noche, emprendí el camino hacia París.

De vez en cuando observaba el espejo retrovisor.

Cuando veía un coche a mi espalda, disminuía la velocidad para comprobar si me seguían, pero todos los coches me pasaban por la izquierda.

Al cabo de un buen rato, me di cuenta de que podía respirar tranquilo. No tenía ya ninguna duda de que me habían dejado en paz.

CAPÍTULO V

Eran las ocho de la tarde y desde las cinco y media había oscurecido en París.

Los establecimientos habían preparado las ventas de Navidad, aunque todavía corría la primera semana de diciembre. Sus escaparates brillaban como ascuas con sus bombillas de colores, sus pequeños y grandes abetos, su musgo plateado...

Estacioné mi coche no muy lejos del número de la rue Marguerite adonde me dirigía. Caminé.

La casa era muy parecida a todas las de aquel sector construidas al comienzo de siglo. Subí por una escalera con un gastado pasamano.

De pronto, casi tropecé con una niña que estaba sentada en un peldaño.

—Caramba, no sabía que estuvieses ahí —le sonreí.

La niña tenía unos cinco o seis años, el cabello negro, en forma de cola de caballo.

—Tú eres el de antes —contestó—. El hombre que llamó por teléfono. Preguntaste por Anne-Marie.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, asombrado.

—Por tu voz.

Aquella chiquilla debía ser enrolada por el servicio de contraespionaje francés.

—Anne-Marie es mi amiga —dijo.

—Lo celebro.

—¿Eres tú amigo de Anne-Marie?

—Sí.

—Yo no te he visto nunca por aquí.

—Bueno, es que estuve fuera de París, y no tuve oportunidad de verla hasta ahora. —Le di una moneda—: Para caramelos, Henriette. Continué subiendo.

Un poco más arriba, volví la cabeza y vi que la niña me miraba inquisitivamente.

Llegué a la puerta número 7, en la cuarta planta, y tras recuperar la respiración, apreté el timbre.

Oí pasos a la otra parte.

La puerta se abrió y en el hueco vi a una bonita joven de ojos azules.

—Diga.

—Soy Pierre Bresson. Estuve hablando con usted hace un rato. Ella ladeó la cabeza observándome con las cejas enarcadas.

—¿Dónde nos hemos visto? —preguntó.

—En ningún sitio.

—¿Qué quiere?

—Hablarle de Henri Boudet.

—¿Otra vez con eso? Ya le he dicho que no conozco a ningún Henri Boudet.

De nuevo me desconcertaba la terquedad de aquella muchacha. Pero ¿y si ella tenía razón? ¿Y si Henri Boudet había desvariado mientras moría? Sin embargo, no había desvariado cuando me señaló el tacón secreto donde escondí el mensaje. Y estaba claro que aquello tenía su valor, puesto que dos hombres con pistola y nudillos de bronce me habían visitado en busca del condenado papelito.

—¿Se va a ir ya? —dijo Anne-Marie.

—Sí, desde luego. Sólo trataba de cumplir con una misión. Henri Boudet murió.

Ella no cerró la puerta, se quedó allí quieta, mirándome. Noté que su mirada ya no era tan firme como antes.

—Henri se arrojó de mi auto cuando viajábamos a ochenta —agregué—. Me amenazó con una pistola.

—¿Y citó mi nombre?

—Desde luego.

—¿Qué dijo, concretamente?

—Anne-Marie... Rué Marguerite, 277. Titubeó todavía unos instantes y luego dijo:

—Pase.

Entré en una pequeña salita donde había dos sillones y un diván, con una mesita en el centro, donde descansaba un transistor que

emitía música suave.

—No puedo ofrecerle nada —dijo—. Yo no bebo.

—Si quiere, podemos ir al bar más cercano. La invito. Anne-Marie cruzó los brazos y levantó la barbilla.

—No pienso salir con usted.

—¿Quizá la espera su novio?

Sí, me espera dentro de un rato. Le ruego termine pronto. Era muy formalita, muy seria.

—¿Admite conocer a Henri Boudet? —pregunté. Se mordió el labio inferior.

—Sí.

—¿Por qué negó antes?

—No sabía quién era usted...

—Ahora no sabe mucho más. Sólo que me llamo Pierre Bresson —le sonreí—. Pero usted me ha dejado entrar porque Henri Boudet no llegó a la hora convenida. Yo le he dicho que murió y usted ha decidido escucharme.

—¿Cuál es su profesión?

—¿Importa eso?

—Claro que importa.

—Suponga que le digo que soy un agente del servicio de información francés.

—No lo creería.

—¿Por qué no?

—No tiene aspecto de eso.

—¿Tienen ellos un aspecto especial?

—Desde luego.

—Se ve que está acostumbrada a tratar con los agentes del servicio de información.

—Señor Bresson, ¿tiene algo que darme?

Yo había ido allí decidido a cumplir el encargo de Henri Boudet. Pero ahora no estaba seguro de mis actos. No, no iba a entregarle a la muchacha aquel papel mágico, que era incomprensible para mí, decirle adiós con la mano y apartarme de su vida para siempre.

Era muy mona. Ya había tenido tiempo de observarla bien. Se cubría con un suéter negro y falda blanca. Su figura era muy interesante, con curvas atractivas.

—¿Por qué cree que tengo que darle algo, Anne-Marie?

—Imagino que habrá venido aquí por alguna cosa. No sólo por conocerme. Además... —se interrumpió.

—¿Además?

—No demos rodeos.

—No los demos.

—¿Qué le dio Henri Boudet para mí? Chasqué la lengua y sonreí.

—Hace un momento no conocía a Henri Boudet, y ahora ya me pregunta, y con mucho detalle.

—Le he dicho mis razones. Usted era un desconocido. Debe comprenderlo.

—Yo soy muy comprensivo.

—Lo celebro.

—Pero quiero saber qué terreno piso, Anne-Marie.

—No le entiendo.

—Es sencillo. En primer lugar, ¿quién es usted?

—Anne-Marie Fourastié.

—Sí, eso ya lo sé. Pero ¿a qué se dedica?

—Soy empleada.

—¿Empleada en dónde?

—Señor Bresson, está acabando con mi paciencia. Di media vuelta y eché a andar.

—¿Adónde va? —exclamó.

—A la calle.

—¿Se marcha?

—Sí, claro.

—No puede hacer eso.

—¿Por qué no, Anne-Marie? Hasta ahora su compañía no me seduce nada.

Los ojos de Anne-Marie destellaron intensamente. —Le voy a dar un consejo, señor Bresson.

—Hable.

—Usted no conocía a Henri.

—No, no lo conocí hasta esta noche.

—Entonces, no se meta en complicaciones.

—¿Sabe una cosa? Ya me dieron ese aviso.

—¿Quién?

—Fue por partida doble. Ya le dije que Henri se arrojó de mi

coche, y hasta ahora no se le ocurrió preguntar por qué lo hizo. Eso significa que usted no ignora el motivo. Ha supuesto que seguían a Henri, y que su amigo tuvo que correr el riesgo de saltar de un vehículo que iba a ochenta por hora, antes de que lo atrapasen. Esto también le hace suponer que Henri transportaba algo consigo, algo muy importante, y usted ha deducido que esa mercancía la traigo yo.

Se hizo un silencio.

—De acuerdo, señor Bresson. Admito todo eso.

—Bravo.

—¿Qué le dijeron esos hombres?

—Ellos querían lo que Henri Boudet me entregó, y tuve que decir algunas mentiras para que me dejaran en paz. Por fortuna, tuve éxito.

—¿Está seguro? —Todo lo que pueda estar un aficionado como yo.

—Su respuesta es muy inteligente, señor Bresson. Es usted un aficionado. Pueden haberlo seguido. Tiene que deshacerse cuanto antes de lo que Henri Boudet le confió.

—Claro, y para deshacerme de ello, se lo tengo que entregar a usted.

—¿No fue lo que él le dijo?

—Sí.

—Entonces cumpla su palabra.

—No le juré nada a Henri Boudet. Y estoy empezando a pensar que, aunque él me señaló a usted como destinataria, no le daré la mercancía.

—¿A quién la piensa entregar?

—A alguien que tenga una representación oficial en el servicio de información francés. No me será difícil dar con esa persona. En media hora habré tranquilizado mi conciencia.

—No puedo permitirlo.

—Me temo que eso no le sirve. Hasta la vista.

Abrió la puerta para salir, pero no llegó a dar un paso más. Allí en el hueco había un tipo de cara pálida, alto y delgado.

No me gustó su aspecto. Lo habría apartado de mi camino de un manotazo. Pero no podía hacerlo por la sencilla razón de que tenía una pistola en su diestra y el cañón me estaba apuntando a mí.

—Entre, amigo —dijo.

Yo no era su amigo, pero entré.

El lo hizo a continuación y cerró a sus espaldas. Traté de ser cordial.

—¿Su novio, Anne-Marie?

—Sí —contestó ella. Sonreí al novio.

—Oiga, entre Anne-Marie y yo no existe nada. No crea que ella y yo...

—Cállese.

—Si no me cree, pregunte a Anne-Marie.

El novio se retiró hacia la pared, para poder ver a Anne-Marie, sin perderme de vista a mí.

—¿Quién es, Anne?

—Pierre Bresson... Recogió a Henri Boudet.

—Henri está muerto.

—¿Cómo lo sabes?

—Acaban de encontrar su cadáver a unos kilómetros de París.

—Entonces, él dijo la verdad. Henri se arrojó del auto de Bresson. Lo seguían dos hombres. Antes de morir, Henri habló con Bresson y le dio la mercancía.

El novio me sonrió.

—Gracias, señor Bresson. Ha sido usted muy amable al traernos lo que Henri debía entregarnos. ¿Quiere ahora ser tan amable de sacarlo y ponerlo sobre la mesita? Pero, por favor, dese prisa. No quisiera apretar el gatillo. Ya sabe que si está muerto, no ofrecerá ninguna dificultad para sacarle lo que nos interesa.

CAPÍTULO VI

Me gusta el póquer. Es un juego muy emocionante y ayuda a conocer al ser humano. En el póquer existe lo que se llama el farol. Consiste en jugarse mucho dinero en un momento determinado, justo cuando los cinco naipes que uno tiene en la mano apenas tienen valor.

Aquel hombre, el novio de Anne-Marie, o lo que fuese, estaba dispuesto a meterme una bala en el cuerpo.

Entonces me tiré el farol.

—Perdería el tiempo si disparase contra mí, amigo —dije.

—¿Y por qué perdería el tiempo? —preguntó.

—Por una razón muy simple. No traje conmigo lo que Henri Boudet me entregó. Mis palabras no sirvieron para borrar su sonrisa.

—No me engañará, señor Bresson. Estoy seguro de que lo trajo con usted.

—Se equivoca. ¡Lo dejé en otra parte!

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Hice una llamada a Anne-Marie y ella negó conocer a Henri Boudet. Eso me puso en sobreaviso. Si no me cree, pregúntele a ella.

—¿Por qué le dijiste que no conocías a Henri Boudet, Anne?

—No sabía quién era, y yo estaba esperando a Henri. Podía ser una trampa. Si tú hubieses estado en mi lugar, habrías hecho lo mismo.

Poco a poco, la sonrisa se fue helando en los labios del novio.

—Todavía no le creo, señor Bresson. Y ahora lo voy a registrar. Si le encuentro encima el documento, le aseguro que no va a morir de un balazo en el corazón.

—Puede hacer lo que quiera —contesté.

—Anne-Marie —dijo el muchacho de cara pálida—, sostén la pistola mientras yo lo registro.

Anne-Marie tomó el arma.

—No vaciles en disparar.

—Descuida, François.

—Aténgase a mis instrucciones, Bresson —dijo François—. Y tú, Anne-Marie, debes estar atenta. Si no obedece, dispara sobre él.

François extrajo un silenciador del bolsillo de la chaqueta y lo acercó al arma. Yo me moví hacia ellos para saltar, pero Anne-Marie puso el dedo en el gatillo.

—Quédese quieto o dispararé, aunque no tenga silenciador.

Supe que lo haría, y me estuve quieto. Así pudieron preparar el arma para no molestar a los vecinos cuando saliese la bala hacía mi cuerpo.

—Apoye las manos contra la pared y abra las piernas —ordenó François—. Venga, aprisa.

Me puse como él quería, y empezó a registrarme.

Me sacó todo lo que llevaba en los bolsillos, pero dejó en paz el de arriba, el del pañuelo. Pero estuve seguro que en cualquier momento lo pediría, de modo que cogí el pañuelo con la mayor naturalidad.

—Estese quieto —dijo.

—Imagino que también me querrá registrar en este bolsillo de arriba —contesté, y arrojé el pañuelo en la mesa.

Si el pañuelo se hubiese abierto, habría caído el papel en el suelo, pero no ocurrió nada de eso.

Transcurrieron diez minutos.

Como era natural, François no había encontrado lo que buscaba.

—Quítese los zapatos. Me quité los zapatos.

—¿Los calcetines también?

Los calcetines eran azules transparentes, y se notaba que allí no había nada.

—No hace falta —dijo.

—Gracias por evitarme la pulmonía.

—No se haga el chistoso.

—Como usted quiera.

—Póngase ya los zapatos.

Fui a ponerme el primer zapato, y tuve que agacharme. Entonces, François me pegó un rodillazo en la cara. Creí que me había roto la nariz. Caí hacia atrás y golpeé la cabeza contra la

pared. Todo empezó a dar vueltas a mi alrededor.

—Esto fue solo el comienzo, tipo listo —rió François.

Poco a poco pude enfocar su cara. Sus ojos eran los de un sádico.

—¿Dónde está la mercancía que te dio Boudet, Bresson?

—Guardada.

—¿En qué lugar?

—Lejos de aquí.

—Te la estás ganando. Si yo estuviese en tu lugar, diría pronto dónde está el escondite y de esa forma acabaría con este lío.

—No puedo decirlo.

—¿No? Anda, dime que se te ha olvidado.

—Claro que no lo olvidé.

—¿Entonces?

—Las cosas están muy claras para mí. Si te señalo el lugar donde escondí la mercancía, me pegarás un tiro.

—¿Por qué voy a hacer tal cosa?

—Porque ya no te haría falta.

—¿Y qué es lo que propones, tipo listo?

—Te entregaré la mercancía a cambio de mi vida, y con eso quiero decir que vendrás conmigo.

Se echó a reír y miró a Anne-Marie.

—¿Te das cuenta? Resulta que el tipo listo es, de verdad, un tipo listo.

—No tendrás más remedio que aceptar su propuesta —contestó la joven.

—Sí, Anne-Marie, creo que tienes razón. Después de todo, el muchacho merece vivir. Nos hizo un favor aceptando el encargo de Henri.

—¿Quién va a venir conmigo? —pregunté.

—Sé que la preferirás a ella, pero iré yo. ¿No te molesta? —ironizó François.

—Está bien. Pero te haré una advertencia, François. No más golpes o te juro que te quedas sin la mercancía.

—Nada de amenazas.

—Tampoco me gusta que, me amenacen.

—Entonces los dos nos portaremos como dos buenos chicos. Sacudí la cabeza con un gesto afirmativo.

Atrapé los zapatos y me senté en un sillón para ponérmelos.

François se acercó a Anne-Marie y le quitó la pistola con silenciador.

Una vez me puse los zapatos, me acerqué a la mesa y empecé a recoger mis cosas. Dejé para el final el pañuelo.

—Espera un momento —dijo Anne-Marie.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—El pañuelo.

Sentí un escalofrío por la espalda. La bonita joven había dado con mi secreto. Y en cuanto se apoderasen del papel, François me enviaría al infierno.

—¿Qué dices, Anne-Marie? —preguntó François.

—No le has registrado el pañuelo.

—Oh, sí, tienes razón.

Yo estaba realizando el juego de prestidigitación j más difícil de mi vida. Desde que Anne-Marie habló del pañuelo, estaba tratando de sacar el papelito con dos dedos para guardarlo en mi mano.

—Tira el pañuelo hacia Anne-Marie —ordenó François. Arrojé el pañuelo, Anne-Marie lo atrapó y lo abrió, haciéndolo flotar.

—No tiene nada —dijo.

El papel estaba en mi mano.

—Vámonos de una vez —dijo François.

—Eh, quiero mi pañuelo —repuse—. Estoy un poco resfriado.

Anne-Marie me dio el pañuelo, yo lo tomé y mientras lo doblaba, guardé otra vez el papel.

Juré no volver a hacer un ejercicio de prestidigitación en todos los días de mi vida.

—Vamos, echa a andar —gruñó François.

Yo no podía llevarlo a ninguna parte. Tenía que pasar por delante de él, y lo hice, pero me volví en la puerta, sonriendo.

—Hasta la vista, Anne-Marie.

—Muérete —dijo ella.

Levanté la mano para decir adiós, y entonces estrellé el puño en la cara de François. Se fue hacia atrás y chocó contra Anne-Marie.

Me puse a correr hacia la escalera y salté los peldaños de dos en dos.

Un poco más abajo, estuve a punto de tropezar con la niña llamada Henriette. Al verme escapar tan aprisa, dijo:

—Ya sabía yo que habría lío. Era una niña muy graciosa.

Seguí bajando. Ya estaba en la segunda planta cuando oí que François bajaba tras de mí. Ahora tendría la pistola lista para meterme una bala en el cogote.

Sonó un estampido, como el que hace una botella de champaña al ser descorchada. El proyectil se clavó a mis pies.

Ya estaba a la puerta de la calle, y no hubo más disparos. Eché a correr hacia donde estaba mi coche.

De pronto, un hombre me atrapó por el cuello. Había salido de la oscuridad.

—¿Por qué corre, señor Bresson? Era Cabeza Cuadrada.

¿Oyeron alguna vez eso de escapar de la sartén para caer en el fuego?

CAPÍTULO VII

—Eh, ¿qué hace usted aquí? —Casi chillé.

—Lo seguimos.

—¿Por qué?

—Porque no nos conformamos con su historia... Mi amigo y yo decidimos darle cuerda. Sonreía porque, según él, estaba demostrando que era muy listo.

Miré hacia la casa de Anne-Marie y vi salir a François. Se detuvo de pronto al verme en compañía de Cabeza Cuadrada.

François había escondido la pistola en el bolsillo, pero ahora la sacó con mucha rapidez.

Supé que iba a disparar y salté por detrás de Cabeza Cuadrada para que me sirviese de escudo.

Cabeza Cuadrada se dio cuenta de lo que pasaba y también tiró de la pistola. François hizo fuego, una, dos veces.

Cabeza Cuadrada se vino hacia delante, aunque también él estaba disparando. Había sido alcanzado, pero acertó a François, quien se tambaleó mientras se introducía en la casa de Anne-Marie.

Yo había visto demasiado espectáculo y eché a correr.

Algunos compatriotas que pasaban por allí se pusieron a dar gritos, sobre todo una mujer, cuyo aullido se parecía mucho al de una sirena.

Antes de llegar donde estaba mi coche, vi a Bigote Espeso.

No seguí adelante. A mi izquierda había un callejón. Corrí por él como un desesperado. Doblé la primera esquina y seguí corriendo.

Algunas personas se me quedaron mirando.

Desemboqué en una calle que estaba brillantemente iluminada. Ya no valía la pena seguir corriendo.

Por las aceras circulaba mucha gente. Me sumergí entre ellas y seguí adelante, andando y andando.

Mi cara chorreaba sudor, pero no me atrevía a sacar el pañuelo

para secármelo, porque allí era donde guardaba la mercancía que ya había costado unas cuantas vidas.

Al cabo de quince minutos, estaba dispuesto a jurar que había ganado mi libertad. Pero ¿no lo había creído también cuando salí de mi casa para ir a París en busca de Anne-Marie y me equivoqué porque Cabeza Cuadrada y Bigote Espeso habían ido tras de mí? Claro, no había tenido en cuenta una cosa muy importante: ellos eran profesionales.

Me metí en un bar y pedí un *whisky*.

Lo apuré de una sola vez y el barman me miró como a un bicho raro.

—Otro —dije.

Me sirvió y se quedó con la botella en la mano, esperando mis órdenes.

Estaba pensando muy aprisa. Recordé algo relacionado con mi productor. Sí, él podía tener la llave de aquel asunto.

Me dirigí a la cabina telefónica que había al fondo y marqué el número de Gaston Valéry.

Escuché la voz aterciopelada de la esposa que Gaston había estrenado recientemente. Iba ya por la tercera. Era la actriz de sus dos últimas películas, una mujer con un gran físico, pero que no llegaría muy lejos por sus cualidades artísticas.

Le dije quién era yo y ella contestó:

—Querido, hace tres días que no te veo.

—Estás a punto de no verme más —contesté, recordando el jaleo en que estaba metido.

—No me digas que no quieres variar el final de tu guión. Serías un tonto si no lo hicieses. Eso no tiene ninguna importancia.

—Quiero hablar con Gaston.

—No lo pongas furioso.

—Descuida.

Me mandó un beso por el cable que me hizo cosquillas en la oreja. Poco después, ladró Gaston:

—Eh, Pierre, ¿ya lo tienes?

—Casi.

—¿Qué quiere decir «casi»?

—Necesito asesoramiento.

—¿De quién?

—Del servicio de información.

—¿Cómo?

—Se trata de una dificultad que surgió.

—¿Qué dificultad?

—Ya lo sabrás cuando termine el guión. Dijiste que conoces a un tipo del contraespionaje. Quiero hablar con él.

—Tú has bebido.

—Claro que he bebido.

—Demasiado, diría yo.

—Sólo dos tragos, pero eso no importa ahora. Vamos, dame la dirección de ese individuo o te quedas sin el final de tu condenado argumento.

Me dio la dirección, el nombre del tipo, Maurice Ducray, y su número. Antes de que pudiese agregar nada más, colgué y volví a marcar.

—Domicilio del señor Ducray —dijo una voz servicial.

—Quiero hablar con él.

—¿Quién llama?

—Pierre Bresson.

—Perdone, señor Bresson, pero el señor Ducray está celebrando una fiesta.

—Dígale que mi asunto es muy importante, y que no se lo puede perder. Mueva las piernas.

El criado, o lo que fuese, titubeó unos instantes, pero oí un ruido cuando dejó el teléfono en algún sitio.

Transcurrieron tres minutos.

—Soy Maurice Ducray. ¿Quién es usted? Su nombre no me dice nada.

—Señor Ducray, debo verle inmediatamente.

—¿Para qué?

—Se trata de un asunto de espionaje.

—No le entiendo.

—Usted trabaja en el servicio de información, según me han dicho.

—Sí.

—Entonces, le voy a dar la oportunidad de conseguir un ascenso.

—Disculpe, pero tendrá que darme más detalles para que yo

pueda atenderle.

—¿Cree que estoy loco?

—Se asombraría usted de las personas que nos llaman y nos hacen perder nuestro tiempo.

—Oh, sí, entiendo. Está bien, señor Ducray. Le adelantaré algo. Un hombre murió en las proximidades de París y otro murió en la rué Marguerite. Las dos muertes fueron motivadas por lo mismo, por algo que yo tengo en mi bolsillo. ¿Le interesa?

—Está bien, señor Bresson. Le espero en mi casa.

—Tomaré un taxi y llegaré en un momento.

—Le espero.

Bebí el tercer *whisky* y pagué.

Poco después me metí en un taxi y di al conductor la dirección de la casa de Maurice Ducray. Ya estaba mucho más tranquilo. Por fin iba a salir del asunto. Después de todo, no era cuestión mía. Yo sólo era un guionista, y la República francesa pagaba a unos funcionarios especiales para que la defendiesen.

Maurice Ducray vivía en un edificio moderno, uno de esos monstruos de acero que se anuncian en los semanarios de mayor circulación.

En la playa de estacionamiento vi muchos coches, y a la luz de un farol se había formado un grupo de conductores.

Despedí al taxi y me metí en la casa.

El encargado del registro lucía muchos botones dorados y una gorra de general.

Me acompañó hasta el ascensor y lo puso en marcha, tras decirle yo que iba a la casa de Ducray.

Llegué a la tercera planta, donde conté tres puertas. La del fondo, a la derecha, era la de Ducray, como me había indicado el general.

Apreté el timbre y abrió la puerta un criado. Se oían muchas voces. Allí se habían reunido medio centenar de personas. Las mujeres lucían vestidos de noche y los hombres *smoking*, y como yo vestía mi traje deportivo con jersey azul, me encontré tan fuera de lugar como un pulpo en un garaje.

—Soy Pierre Bresson —anuncié.

—Oh, sí, el señor Ducray me advirtió. ¿Quiere usted seguirme?

Me llevó hasta un lado de la sala, donde había tres hombres y

dos mujeres. El criado se inclinó sobre el más alto de los hombres y le dijo algo.

Observé al tipo. Frisaba en los cuarenta años de edad, era de cabello canoso y poseía nariz aguileña y labios que se curvaban excesivamente hacia abajo.

Se disculpó y vino hacia mi tendiéndome la mano, la cual estreché.

—Celebro que haya venido, señor Bresson —dijo con gran corrección.

—Es importante... Ya le he dicho que hubo dos muertos.

—Oh, sí, pero no hable ahora. Coma y beba durante unos minutos. Estoy atendiendo a un invitado importante, un embajador. Le avisaré para ir a mi despacho.

Me empujó hacia una mesa e hizo una inclinación.

—Recuérdelo. Trate de divertirse unos minutos. Luego, se marchó con toda tranquilidad.

Me dejó pasmado. Yo me había dado toda la prisa del mundo, jugándome la vida por defender el papelito que un hombre había escondido en un tacón, y ahora, Maurice Ducray, un funcionario del Gobierno, me decía que me divirtiese, y, que se ocuparía de mí más tarde.

Al diablo con todo. Claro que me divertiría.

Me alejé de aquel lugar, marchándome al opuesto.

Alguien interpretaba una pieza al piano y varias parejas bailaban. Una mujer, que debía estar bebida, lo hacía sola, con mucho ritmo.

Un camarero pasó por mi lado con una bandeja que contenía alimentos. Tomé un par de canapés. También alcancé una copa de champaña al paso. Me puse junto al piano. La chica que bailaba sola se vino hacia mí, moviéndose mucho. Resultaba sugestiva.

De pronto, alguien puso la mano en mi hombro y me dijo:

—Cójame y bailemos.

Me volví y tuve oportunidad de ver a la rubia más sensacional de todos los tiempos.

CAPÍTULO VIII

Ella era una combinación de Sofía Loren y Brigitte Bardot. Poseía el cuerpo de la italiana y la belleza felina de mi compatriota, con ese algo morboso en los labios, jugosos, un poco salidos.

Su vestido de noche pendía de los hombros por unos delgados tirantes, y el escote era bajo, como a mí me gustan. Y ella hacía bien en usarlo, porque demostraba a las claras sus encantos orográficos, dos montañas gemelas que me hicieron recordar mis tiempos de alpinista.

—¿Qué está esperando? —dijo ella, con aire desafiante. Tenía razón. ¿Qué infiernos estaba esperando?

La atrapé por la cintura y nos pusimos a bailar.

—Deme champaña.

Entonces me di cuenta de que yo conservaba la copa. La verdad es que me había emocionado con aquella joven.

Le acerqué la copa a los labios y ella bebió.

—Ahora usted —dijo.

Despaché el resto. Pero no dije eso tan ridículo: «Ahora conoceré sus secretos». En realidad, no podía decir nada, porque todavía estaba sin habla.

Ella me quitó la copa de la mano y la arrojó a uno de los invitados, que tuvo que darse mucha prisa para alcanzarla.

La rubia sensacional rió su broma y clavó sus ojos, verde mar, en los míos.

—No lo vi antes.

—Llegué hace un momento.

—Debió darse más prisa.

—Todavía es pronto —dije, y la apreté un poco más contra mí.

—Cuidado, necesito respirar.

—¿Cuál es su nombre?

—Simone Servan. ¿Y el suyo?

—Pierre Bresson.

—Quiero acertar su profesión.

—Inténtelo.

—Arquitecto.

—No.

—Dibujante publicitario.

—No.

—No me diga que escribe.

—¿Por qué no debo decirlo?

—No sé —se encogió de hombros—. No parece un escritor.

—¿Cómo son los escritores?

—Observe al tipo que está sentado en aquel sillón, tocando el bombo. Ése es un escritor.

El individuo a que se refería tenía barba negra, usaba gafas de carey y era tripudo.

—Allí tiene otro escritor —dijo Simone—, el que le está haciendo la corte a la pelirroja.

Me fijé en el otro tipo. Tenía bigotes a lo Dalí y se cubría con una camisa de zíngaro.

—No todos hemos de ser bichos raros —repuse.

—¿Qué escribe?

—Lo que puedo.

—¿Y qué puede?

—Guiones de cine. Pero no trate de relacionarme con Belmondo, Lino Ventura o Eddie Constantine. Ya me lo dijeron. No soy demasiado conocido. Entre otras razones, porque no frecuento estos círculos, no me dejo barba ni bigote y visto cómo un hombre normal.

—Entonces no llegará.

—Es posible que no llegue, pero tampoco me quejaré. Opino que un guionista sólo debe tener una cosa: talento.

—¿Lo saben los productores?

—No, me temo que no. Ellos prefieren al escritor que brilla socialmente. No se dan cuenta de que eso está bien para los actores o las actrices que han de salir en la pantalla, porque la publicidad les exige hacer muchas cosas raras.

—¿Conoce al señor Ducray?

—Sí.

—¿Tiene que ver él algo con el cine?

Decidí mentirle como había mentido a mi productor.

—Me tiene que informar sobre un guión que estoy escribiendo.

—¿De qué trata?

—De un tipo que se mete en un lío de espionaje. —¿Cree usted que el señor Ducray tiene experiencia a ese respecto?

—El señor Ducray tiene muy buenos amigos en las altas esferas y me podrá facilitar algunas presentaciones.

—Comprendo.

En aquel momento vi cómo Maurice Ducray me hacía una señal. Debía ir con él.

Sentí dejar a la rubia. Era un portento. Lo mejor que había tenido en mis brazos desde hacía muchos meses.

—Perdona, Simone —la tuteé—. Pero el trabajo es el trabajo.

—Oh, sí, Pierre.

—¿Te veré luego?

—Seguro.

Sentí un cosquilleo en la garganta. La rubia sensacional me iba a esperar. Le sonreí y me fui en pos de Ducray.

El anfitrión me abrió una puerta y me invitó a pasar.

Se trataba de un amplio despacho con las paredes llenas de libros.

—Por fin pude dar el esquinazo al embajador —sonrió Ducray—. Siéntese. Ocupé un sillón y él fue hacia una mesita donde había botellas.

—¿*Whisky*? —sugirió.

—Sí.

—Está bien, puede empezar cuando quiera.

—Creo que será mejor que le cuente todo desde el principio.

—Lo prefiero.

Ya había escanciado en los vasos y me dio el mío. Luego dio la vuelta a la mesa y se sentó en un sillón de alto respaldo.

Hice mi relato desde el momento que Henri Boudet entró en mi casa.

No me interrumpió.

Cuando hube terminado con mi escapada de la rué Marguerite, dio un suspiro.

—Se metió usted en un buen lío, Pierre.

—Ya lo puede jurar, señor Ducray.

—Ha sido usted muy afortunado al haber logrado llegar aquí. ¿Quiere entregarme ese dichoso papel?

Saqué el pañuelo del bolsillo, cogí el papel y se lo entregué. No le había dicho el contenido.

El lo desdobló con mucha parsimonia y lo leyó para sí. Estaba observando su cara y vi cómo fruncía el ceño.

—Señor Bresson, ¿qué significa esto?

—¿Y me lo pregunta a mí? Recuerde que es usted el del servicio de información.

—Esto no tiene sentido.

—Tampoco lo tiene para mí. Imaginé que sería una clave.

—Sí, puede ser.

—Entonces, haga trabajar al servicio de criptografía.

—Desde luego. Eso haré. Se levantó y vino hacia mí.

—Señor Bresson, ha prestado un gran servicio a la República francesa. Yo también me puse en pie.

—Por favor, no me bese, señor Ducray. Se echó a reír.

—Usted merece algo mejor. Por ejemplo, esa rubia con la que estaba bailando.

¿Quién es?

—¿No la conoce usted, señor Ducray? —pregunté, sorprendido.

—No, desde luego; aunque la vi hace un rato y pensé que había venido con alguno de mis invitados. ¿Sabe quién la ha acompañado?

—No hablamos de eso, pero ella me está esperando.

—Magnífico. Continúe divirtiéndose.

—Sólo estaré un rato. Fueron demasiadas emociones para tan poco tiempo y necesito descansar.

Nos estrechamos la mano y fuimos hacia la puerta.

—Señor Ducray, ¿me informará usted acerca del asunto?

—Lo siento, pero con esto ha terminado su intervención. Quiero decir que no podré darle más noticias.

Sacudí la cabeza.

—Bueno, quizá sea mejor así —admití.

—Nuestro trabajo ha de realizarse en el mayor secreto. Espero que usted se haga cargo.

—Desde luego.

—Perdone, pero no le acompañaré. He de hacer una llamada relacionada con ese diabólico mensaje.

Salí del despacho.

La rubia sensacional se había sentado en el borde de una mesa y tenía una copa de champaña entre las manos.

Me la ofreció al llegar a su lado y bebí un trago.

—¿Te ayudó el señor Ducray?

—Sí, bastante. A propósito, él no te conoce.

—¿Dije que él me conocía?

—No, pero ¿quién te acompañó, Simone?

—¿Ya te sientes celoso?

—Creo que sí.

—No temas. Me iré contigo.

—Me gusta esa compensación.

—Pero debes esperar un momento.

—¿A qué?

—He de despedirme del hombre que vino conmigo.

—Olvídate de él.

—Puedo plantarlo, pero no soy una mal educada. Anda, sé buen chico y espérame junto a la puerta.

—De acuerdo.

Salí del salón y me quedé en el vestíbulo, pero quise conocer al amigo de Simone Servan y retrocedí unos pasos.

Al asomarme, vi que Simone abría la puerta que comunicaba con el despacho de Ducray.

¿No habían dicho antes que no se conocían? ¿Por qué entraba ahora? Sentí una gran curiosidad y creí oportuno satisfacerla.

Anduve muy aprisa hacia la habitación donde se encontraba Simone, y, llegado ante la puerta, abrí despacio.

Entonces oí la voz de Simone:

—Deme lo que le entregó el señor Bresson, señor Ducray. Démelo o le vuelo la cabeza.

CAPÍTULO IX

Me colé en la habitación sin hacer ruido.

Simone, de espaldas a mí, empuñaba una pistola con la que apuntaba a Ducray, el cual estaba sentado tras la mesa. Maurice me veía, pero no me prestó atención para que Simone no se pudiese percatar de mi presencia.

Salté sobre la joven y le pegué en la mano armada. La pistola cayó al suelo.

Simone se revolvió furiosa.

—¿Qué haces, loco?

Le pegué un empujón, enviándola lejos de mí.

—Te he oído, Simone... ¿También formas parte de ellos?

—¿A quiénes te refieres?

—A los que quieren el documento.

—Claro que quiero el documento, pero tengo mis razones. Ese hombre es un agente de una potencia extranjera —estaba señalando a Ducray.

Me eché a reír.

—El señor Ducray es un agente del Gobierno, querida.

—¿Quién te ha dicho esa mentira? El señor Ducray nunca ha pertenecido al servicio de información y lo sé bien, porque da la casualidad de que yo formo parte del servicio de información.

—Inventa otra cosa.

—Dame esa pistola antes de que sea demasiado tarde, Pierre.

—No vas a tener la pistola.

—Escucha, Pierre. El es el espía y yo el agente que trabaja para el Gobierno. Sabemos muchas cosas de Ducray. Debía recibir un documento muy importante esta noche. Se lo tenía que traer una mujer llamada Anne-Marie Fourastié. Ella trabajaba para Henri Boudet. Justamente hace una hora fue encontrado muerto Boudet a un lado de la carretera, cerca de París.

Tuve la sensación de que estaba pisando terreno blando, algo así como si me hubiese metido en una zona pantanosa.

Miré a Ducray, el cual estaba muy serio.

—¿Qué le pasa, señor Bresson? —sonrió—. ¿Es que va a prestar oídos a lo que dice esta desequilibrada? Sépalo de una vez. Esta mujer pertenece a una pandilla de agentes internacionales y es enemiga de la República francesa.

—¿Por qué me dijo antes que no la conocía?

—No tenía que darle información a usted. Recuerde. Mi trabajo es ultrasecreto. Simone intervino de nuevo:

—Pierre, todavía puedes prestar un gran servicio a Francia.

—¿Por qué te dirigiste a mí, ahí fuera?

—Porque sé quién eres.

—¿Y quién soy?

—El hombre que trató de traer a París a Henri Boudet. El se arrojó de tu automóvil.

—¿Quién te dijo eso?

—Dos compañeros míos hicieron la investigación en una estación de servicio. Un empleado, Charles, les habló de ti y de cierto «Mercedes». Más tarde, mis compañeros descubrieron el cadáver de Boudet. Pero no es momento de explicaciones. Ya lo sabrás todo a su debido tiempo. Ahora hemos de detener a este hombre.

Todavía las cosas no estaban muy claras, pero empecé a dudar.

—Ducray, haremos un arreglo —dije.

—¿A qué se refiere?

—Me va a devolver el papel.

—¿Por qué?

—Realizaremos una comprobación.

—¿De qué comprobación habla?

—Quiero saber si usted pertenece al servicio de información.

—Pierre, ya cumplió con su deber de ciudadano. Márchese ahora.

—¿Y la chica?

—Se queda aquí. Yo me ocuparé de ella.

—Prefiero mi solución. Deme ese papel.

—No puedo dárselo.

Simone se arrojó sobre la pistola que seguía en la alfombra.

Maurice Ducray fue más rápido que ella y exhibió un revólver de cañón corto. Había tenido escondido aquella mano tras un montón de libros que había sobre la mesa.

—Deje eso, Simone, o disparo sin pestañear. Simone tiró la pistola y me miró furiosa.

—Mira lo que has conseguido. Puedes sentirte orgulloso.

—Simone, este hombre me fue recomendado por mi productor.

—¿Qué productor?

—Gaston Valéry.

—Es absurdo. ¿Cómo te va a recomendar un productor a un espía?

—No me dijo que fuese un espía, sino un agente del servicio de información. Maurice Ducray intervino:

—Ya basta, señor Bresson.

Lo miré a la cara. Sonreía, y no me gustó nada su sonrisa.

—¿No pertenece usted al servicio de información, Ducray?

—No.

—Maldito sea —dije, y eché a andar hacia la mesa.

—Señor Bresson, si se mueve, la primera bala es para usted.

—¿Qué se propone? —pregunté, deteniéndome.

—Le dije que se divirtiese un poco y se marchase. Ya había salido del lío. Pero ahora se metió otra vez hasta el cuello.

—Contésteme a una pregunta, señor Ducray. ¿Por qué Gaston Valéry me dijo que usted formaba parte del servicio de información?

—Cierta vez se lo dije porque me interesaba.

—¿Para quién trabaja usted?

—No es asunto suyo.

—¿Qué va a hacer con nosotros? Se tomó unos segundos.

—Ustedes no me han dejado elegir —dijo. Simone me miró mientras suspiraba.

—Por si tienes alguna duda, quiere decir que nos matará a los dos. Reí hacia Ducray.

—Usted no puede matarme. Sería absurdo.

—Lo siento, señor Bresson, pero no puedo hacer otra cosa.

CAPÍTULO X

Maurice Ducray apretó un timbre y se abrió una puerta que había a la derecha.

Dos hombres entraron en el despacho. El más bajo era oriental, con un bigotito recortado sobre el labio superior. El otro era de cabeza gorda, anchas espaldas y nariz doblada.

—Ling —dijo Ducray al chino—, se nos colaron dos invitados en la casa. Ling nos miró con curiosidad y contestó:

—Bien venidos.

Me fue antipático el tipo, porque había mucho sarcasmo en el tono de su voz.

—Ling —dijo de nuevo Ducray—, cuando termine la fiesta he de ir a dónde tú ya sabes. El documento llegó felizmente a mis manos.

—Le felicito, señor Ducray. ¿Quién se lo trajo?

—Un buen amigo. Pierre Bresson.

Sentí que se me hacían nudos en las tripas. Yo era el estúpido que le había traído el papelito. Lo más gracioso era que me había jugado dos veces la vida, y todo ¿para qué? Para que un bastardo como Maurice Ducray le sacase jugo al documento.

Maurice Ducray se puso en pie. Seguía con la pistola en la mano.

Maurice Ducray ahora sacó un arma, una «Luger» enorme, y dijo:

—Esta arma tiene treinta y cinco balas y hace el efecto de una carabina.

Lo miré a la cara. Parecía un retrasado mental. Había dicho aquello mecánicamente, como si fuese un robot.

Ling hizo otra reverencia.

—Lionel y yo nos ocuparemos de que su estancia entre nosotros sea feliz.

Aposté a que la felicidad que ellos nos proporcionarían sería tan exquisita, que nos íbamos a acordar de toda su familia.

Ducray guardó su pistolita.

—Perdonen, pero ahora he de atender a mis invitados. Pasó por mi lado, sonriente, y le tiré el puño a la cara.

Sentí una inmensa alegría cuando vi que se derrumbaba en el suelo. Algo percutió contra mi cabeza y juro que era la Torre Eiffel.

Caí de rodillas y otra vez fui golpeado.

Oí que Simone gritaba, pero en seguida perdí el sentido.

Cuando desperté ya no estaba en el despacho de Ducray, sino en una habitación mucho más pequeña.

Simone estaba sentada en una silla y exhibía una moradura en su bella cara.

Nariz Doblada estaba de pie, junto a la puerta, acariciando el cañón de su pistola. El oriental llamado Ling hacía un solitario sobre una cama.

Yo estaba en el suelo y me incorporé hasta quedar sentado.

—¿Qué pasó?

—Le pegaste al señor Ducray —contestó Simone.

—Oh, sí, de eso me acuerdo.

—Le hiciste sangrar por las narices.

—Lástima que no le sacase hasta la última gota... Ling rió desde la cama.

—Eso le va a costar algo extra, señor Bresson.

—¿De qué hablas, chinito?

—No nací en China, sino en Tailandia.

—Oh, perdone si me equivoqué, pequeño hijo de perra. Ling no perdió la calma.

—Eso le va a costar otra cosa extra.

—Hay demasiados extras en el menú.

—Le aseguro que los platos serán de su gusto. Miré a Simone.

—¿Qué están esperando?

—A que se vayan los invitados de Ducray.

—¿Quizá porque armaríamos demasiado jaleo?

—No creo. Las paredes son a prueba de ruidos. Miré las paredes. Simone tenía razón. Nariz Doblada y el tailandés nos podían hacer allí picadillo y nadie se enteraría. Pero eran muy delicados. Querían tener la seguridad de que no quedaba nadie en la casa. Estaba feo eso de que en una habitación se estuviesen divirtiendo y en otra a alguien le estuviesen sacando los ojos.

—¿Qué van a hacer con nosotros, Simone? —pregunté.

—No quiero ni pensarlo.

Ling rió otra vez. Saltó de la cama, se puso a gatas y sacó una gran maleta.

Con un movimiento rápido de sus finos dedos la abrió, y ante nosotros apareció todo un arsenal para dar tormento. Allí había cuchillos, tijeras, nudillos de bronce, bolas de acero con pinchos, tenazas... Hasta una especie de bota malaya, dos trozos de planchas de madera con un émbolo, en donde se encierra un pie y le dan vueltas hasta reducirlo al tamaño de una avellana; agudos estiletes para penetrar en las uñas. También había un ratón metido en una jaula. El ratón saltaba de un lado a otro como si estuviese enloquecido.

—Les presento a «Kung» —dijo el tailandés—. Está hambriento. Cogió la jaula por el asa y el ratón saltó con más rapidez.

—Observen la parte inferior —dijo Ling—. Tiene una trampilla. Si coloco la jaula sobre el estómago de una persona y abro luego la trampilla, ¿qué creen que puede ocurrir? —Hizo una pausa—. Recuerden que «Kung» está muy hambriento. —El ratoncito se puso a dar chillidos—. Los ha visto a ustedes, y el pobre piensa que pronto podrá tener alimento.

—¿Por qué no lo pone encima de su tía, Ling?

—No tengo familiares.

—Es una pena. Debe sentirse muy solo en el mundo.

—Sí, no se puede hacer una idea. Por eso «Kung» y yo nos hemos hecho tan amigos. Le prometí que no pasaría hambre, y ya hace dos días que no come. Tendré que cumplir mi palabra o perderé su cariño.

Apreté los dientes. Habría dado los honorarios completos de mi próximo guión por atrapar a aquel tailandés por el cuello durante un par de minutos.

Quizá Ling se dio cuenta de mi deseo, porque cerró la maleta.

—Lionel, vigila bien al señor Bresson, está muy excitado.

—No te preocupes, Ling. Si vuelve a hacer una de las suyas, va a conocer lo que vale mí «Luger». Treinta y cinco balas y produce el efecto de una carabina.

Efectivamente, era un retrasado mental, y eso lo hacía mucho más peligroso.

Miré a Simone. Ella era una profesional, una agente del servicio de información. Debía tener una salida. Una sola, y nos bastaría para conservar la vida.

—Simone, deberías llegar a un acuerdo —le dije.

—¿Con quién?

—Con Maurice Ducray. El no te puede matar. Sería jugar con fuego. Tú tienes compañeros que la emprenderán con él.

—No hay nada que hacer.

—¿Por qué no?

—Porque Maurice Ducray saldrá de Francia esta misma noche, cuando haya conseguido lo que buscaba.

—Imagino que es lo que buscabas tú.

—Sí.

—¿Y qué tiene que ver con ese condenado papelito que Henri guardaba en el tacón de su zapato?

—El mensaje de Henri señala el lugar donde se encuentra lo que todos deseamos.

—¡No señala absolutamente nada! Lo leí varias veces. Es un galimatías.

—¿Lo recuerdas?

—Nadie puede recordar una cosa como ésa. No tenía ningún sentido —mentí, porque lo recordaba bien.

Ling intervino:

—De todas formas, aunque lo recordase sería lo mismo —echó una mirada a la maleta de los suplicios que tenía a sus pies.

Me acerqué a Simone.

—Bueno, ya que nos van a despachar, me dirás de qué se trata. ¿Qué se llevará Ducray de Francia?

—Un virus.

—¿Un qué?

—Un virus que puede acabar con toda la humanidad. La nación que lo posea podrá chantajear a todas las demás, y, por tanto, el hombre que lo tenga, podrá venderlo al mejor postor. Maurice Ducray sacará millones por el virus. Naciones sin escrúpulos o individuos ambiciosos le darán lo que pida.

CAPÍTULO XI

—¿Quién ha logrado ese virus, Simone? —pregunté.

—El doctor Jean Guénard.

—Un compatriota nuestro, ¿eh? ¿Y por qué infiernos se le ocurrió tal cosa?

—Como muchos descubridores, lo hizo casualmente. El doctor Guénard era un especialista en cuestiones de herencia. Hacía sus experimentos en los laboratorios del Centro de Investigaciones Genéticas. Está considerado como uno de los mejores sabios del mundo en su especialidad... En el curso de sus experimentos con animales vivos, descubrió que un virus producía terribles mutaciones, y lo peor era que el virus podía vivir en el ser humano. Bastaría que se impregnase la atmósfera con él para que millones de hombres y mujeres de una determinada zona fuesen procreadores de verdaderos monstruos cuando quisiesen tener hijos.

—¿Y qué ha sido del doctor Guénard?

—Fue asesinado.

—¿Cuándo?

—Hace tres días. Se disponía a entregar su descubrimiento al Gobierno. Había reunido toda su documentación en un lugar secreto.

—¿Qué personas habían tenido acceso a sus experimentos?

—Sólo sus ayudantes Jacques Béart y Henri Boudet.

—Por fin salió Boudet.

—Jacques Béart apareció la noche pasada ahogado en el Sena.

—Y Henry Boudet también murió cuando cierto tipo le traía a París —dije. Ling intervino:

—¿Por qué no dejan de hablar?

—¿Te cansamos? —repuse.

—Sí, me están produciendo jaqueca.

—Tengo un remedio para eso. Acerca tu cabecita aquí, a mi

lado, y verás cómo te curo. Ling sonrió, enseñando unos dientes tan amarillos como su piel.

De pronto, sonó un zumbido y se encendió una bombilla encima de la puerta junto a la que estaba Nariz Doblada.

Cesó el zumbido y la bombilla se apagó.

Ling dijo:

—Bueno, ya podemos empezar.

Se puso en cuclillas y abrió otra vez la valija.

—¿Qué prefiere, señor Bresson? ¿Unos estilotes en las uñas como aperitivo?

—Prefiero que me ensartes los ojos con mondadientes —dije, tratando de ser chistoso.

—No me gusta, entonces no vería el resto. Atrapó un agudo cuchillo.

—Lo puedo dejar sin nariz, Bresson.

El retrasado mental reía por lo bajo, manipulando su «Luger» de treinta y cinco balas, que producía el efecto de una carabina. Demonios, ¿no me estaría volviendo yo también un retrasado mental?

Lina se fue acercando hacia mí con el cuchillo.

—Lionel —dijo a Nariz Doblada—, si se mueve, le metes una bala en las tripas.

—¿Una nada más? —repuso Lionel.

—Sólo una. Si le metes más, lo matas y se acabó la diversión.

—Está bien, descuida, será una.

Ya habían llegado a un acuerdo los muy bastardos, pero yo no estaba dispuesto a que aquel tipo me dejara sin nariz.

Ling dio otro paso hacia mí. Me preparé a saltar sobre él.

El tailandés lo debió comprender, porque se detuvo y sonrió.

—Iba a hacer las cosas al revés.

—Claro, Ling —le dije—. Primero te debes cortar tú la nariz. Así te podrás entrenar para cuando me llegue la hora.

—Me refería a la chica.

—¿Qué pasa con la chica? —pregunté con un escalofrío.

—Debo liquidarla a ella en primer lugar para que tú lo veas. Será todo un espectáculo. Simone dio un chillido y yo sacudí la cabeza en sentido negativo.

—Ya lo has oído, Ling. Mi amiga no está de acuerdo con tu

elección.

—He dicho que soy yo el que dirige este baile. Simone se apretó contra mí.

Casi estuve a punto de decirle a Ling que continuase amenazándola, pero no hacía falta, porque el tailandés estaba dispuesto a todo. Se volvió hacia la maleta, dejó el cuchillo y atrapó una de las bolas esféricas con pinchos.

—Tengo este regalo para ti, preciosa —dijo.

—¿Y dónde se lo vas a poner? —pregunté.

—En el cuello.

Apretó un resorte y los pinchos desaparecieron. Estábamos en poder de un par de locos.

Ling se carcajeó y también rió Lionel, *Nariz Doblada*.

El oriental sacó una cadena que enganchó en la bola. Sí, parecía un collar, pero cuando lo pusiese alrededor del cuello de Simone, apretaría el resorte y saldrían los pinchos que penetrarían en su delicada carne.

—Apártate de ella —ordenó Ling.

—Y un cuerno me voy a apartar.

—Lionel —dijo.

Nariz Doblada dejó de sonreír y me apuntó con la pistola. Vi en sus ojos los deseos de apretar el gatillo. Ling tenía muchos juguetes, pero Lionel solo tenía uno, su «Luger» con treinta y cinco balas, y si no me apartaba de Simone, en la siguiente fracción de segundo le quedarían treinta y cuatro.

Me aparté de Simone un par de metros.

Entonces, Ling emprendió la marcha hacia la joven, sosteniendo la cadena con la bola. Simone retrocedió cuanto pudo, hasta que tropezó con la pared.

—Eh, Ling, tengo dinero —dije—. Es mucho... Diez mil francos... Sólo tenemos que llegarnos a mi casa a por él. Cinco mil para ti y otros cinco mil para Lionel. Es un buen precio por nuestra libertad...

El tailandés no pareció escucharme. Estaba entusiasmado con el número que iba a interpretar.

Simone dio otro chillido cuando Ling levantó las manos para colocarle la cadena.

La joven le soltó un zarpazo a la cara. Ling retrocedió, pero

luego dio un paso y le pegó a Simone un puntapié en el vientre.

Simone cayó de rodillas y Ling se dispuso a colocarle la cadena.

No pude soportarlo más. Me lancé sobre Lionel, *Nariz Doblada*, que había avanzado para no perderse detalle del espectáculo.

Como no llegaba en el salto, ya había previsto que debía meterle la puntera del pie en el hígado.

Tuve suerte. Lionel lanzó un aullido de dolor y cayó al suelo.

Simone seguía gritando a mi espalda y pensé que ya tendría puesta la cadena. Tomé la «Luger», giré y apreté el gatillo.

Empezaron a salir balas y todas se enterraron en la espalda de Ling. Pesaba muy poco y cayó como un guiñapo sobre Simone, la cual gritó otra vez, horrorizada, al recibir aquel despojo sanguinolento.

Nariz Doblada me pegó un puntapié en la espina dorsal. Me había descuidado por unos momentos.

Lionel se había apoderado del cuchillo y ya estaba cayendo contra mí para trincharme contra el piso.

Apreté otra vez el disparador.

Tres, cuatro piornos le pespuntearon el pecho.

Gracias a eso fue catapultado hacia la pared de enfrente, a dónde llegó sin vida. Todo había terminado.

Simone se echó en mis brazos.

—Eh, Simone, se supone que todo esto lo debiste hacer tú...

—No bromees ahora. Lo importante es que salemos de aquí.

—Resulta curioso.

—¿Qué cosa?

—Yo he sido siempre un hombre pacífico, aunque haya hecho guiones con argumentos muy duros. Y ahora me he convertido en una fiera.

Ya terminaste y puedes volver a ser un hombre pacífico.

—¿Y qué hay de ese virus?

—No sé cómo vamos a recuperarlo. ¿Puedes repetir lo que leíste en el mensaje de Henri Boudet?

Tuve que hacer un buen esfuerzo para repetirlo, pero no me salió del todo mal. Sin embargo, Simone se quedó cómo estaba.

—¿Qué tal? —le pregunté.

—Es un auténtico jeroglífico.

—Sí, lo mismo pensé yo; pero debió significar algo para

Maurice, aunque él no lo admitió. Está claro que el ayudante del doctor Jean Guénard, Henri Boudet, estaba en tratos con Maurice desde hace algún tiempo... ¡Anne-Marie...! Eso es. Ella puede saber dónde está Maurice, puesto que forma parte de la pandilla. Henri tenía que llevarle a ella el documento Vamos, de prisa.

Salimos de la habitación a prueba de ruidos. Yo llevaba la «Luger» por delante.

En el salón se veían las huellas del festejo celebrado, pero no quedaba un solo criado para servir un vaso de agua. Al pasar, atrapé una botella de *whisky*, y bebí un buen trago.

Al llegar abajo, el encargado con gorra de general quedó sorprendido.

—Creí que ya no quedaba nadie en el apartamento del señor Ducray.

—Nosotros somos los últimos —contesté—. Allí arriba sólo quedan los muertos.

—Qué gracioso es el señor.

—No lo sabe bien, amigo.

Salimos a la calle y fuimos a la playa de estacionamiento.

El auto de Simone era de color naranja. Ella se sentó en el volante y yo a su lado.

—A rué Marguerite —dije.

En seguida nos pusimos en marcha. Encendí un par de cigarrillos y le di uno a Simone. Llegamos a rué Marguerite. Dije a Simone que estacionase cerca de mi coche, el cual seguía allí, ahora bañado por la luna.

—Tú me esperas —dije.

—Ni hablar. Yo soy el agente.

No podía replicar a eso, y los dos nos dirigimos al número 277.

Subimos la escalera. Esta vez no estaba la niña. Pero, de pronto, se abrió una puerta en el tercer piso.

—Hola —dijo una voz. Era Henriette.

—¿Qué haces despierta? —le repliqué—. Deberías estar en la cama.

—Mis papás se fueron al cine.

—¿Estás sola?

—No, con mi hermana. Estamos viendo la televisión. Pero ella se queda dormida cuando ve la televisión. Sabía que vendrías.

Me admiró la sabiduría de la pequeña.

—Lo sabías, ¿eh?

—Claro.

—¿Y por qué?

—Mataron a François, vinieron los del hospital y se lo llevaron. También vino la policía. Hablaron con Anne-Marie.

—¿Se la llevaron también a ella?

—No, está arriba... Hace un rato subió un hombre. Sentí un escalofrío.

—¿Cuánto hace?

—Unos diez minutos.

Eché a correr escaleras arriba.

Quise abrir la puerta haciendo girar el tirador. No lo conseguí porque la puerta estaba cerrada por dentro. La aporreé.

—¡Anne-Marie...! ¡Abre, Anne-Marie...!

Del interior no me llegó respuesta, pero en aquel momento oí un ruido. Allí había alguien.

—Eh, usted, ¿quién es...? Abra... Simone llegó detrás de mí.

—¿Qué pasa, Pierre? No le contesté.

—Quédate ahí.

Retrocedí unos pasos y eché a correr, cargando sobre la puerta. Me hice polvo el hombro, pero la puerta no se abrió.

Demonios, en un guión que estaba escribiendo, el protagonista se cargaba una puerta con mucha facilidad. Con razón la gente dice que hay cosas que sólo pasan en el cine.

Lo intenté otra vez. Mi hombro se estaba convirtiendo en puré sin resultado. Cargué ahora con el otro hombro para variar.

La puerta saltó y me precipité en la estancia.

Vi a Anne-Marie en el suelo, contrahecha, como una muñeca. Sus ojos estaban desorbitados, fijos en el techo, y por entre sus dientes soltaba una espuma rosácea. La habían estrangulado. Todavía conservaba en su cuello el cordón de plástico.

A mis espaldas, Simone gritó:

—¡En la ventana!

Sí, la ventana estaba abierta, y yo había oído un ruido desde el corredor.

Corrí hacia allí. Una figura estaba oscilando en el borde del techo. Era el asesino. Saqué la «Luger» del bolsillo. Me iba a cargar

a aquel asesino.

Pero, de pronto, saltó al tejado vecino y desapareció entre las sombras.

—Voy detrás de él, Simone —dije.

Nunca he probado a ser equilibrista de circo, pero allí se me presentó una gran oportunidad de conocer mi valía.

Salté al alféizar y empecé a caminar por el borde del abismo. No quise mirar abajo, porque sentiría vértigo.

Llegué hasta el lugar en que había visto desaparecer al asesino. Tenía que saltar y para ello debía colgarme de la esquina.

Cuando quedé suspendido en el vacío, tuve la impresión de que había bebido una botella de *whisky*.

No, no valía para el circo. Lo juro.

De buena gana hubiese retrocedido hacia la ventana. Pero pensé que el estrangulador nos podría proporcionar una pista.

—¡Cuidado, Pierre! —dijo a mis espaldas Simone—. ¡No saltes todavía!

—¿Por qué no?

—Porque irás a parar a la calle.

Sí, tenía que mirar abajo o me convertiría en una piltrafa. Eché una ojeada y vi un trozo de la calle iluminada por una farola cercana.

Estaba olvidando una cosa elemental para saltar al tejado de al lado. Balancearme. Me puse a hacerlo a derecha e izquierda, a derecha e izquierda.

El mundo empezó a dar vueltas alrededor de mí. El cochino mundo. Salté.

Cuando iba por el espacio, me di cuenta de lo insignificante que era, pero en seguida supe que era demasiado grande, cuando mis espaldas golpearon contra el tejado.

—¿Estás bien, Pierre? —preguntó Simone.

—De primera —dije, recordando a Eddie Constantine, aunque estaba molido. Saqué la «Luger» y me puse en marcha por el tejado.

—Eh, ¿dónde está usted? —pregunté.

En realidad, lo llamaba en voz alta, porque empezaba a tener miedo. ¿Quién diablos me había mandado meterme en aquello? Allí estaba yo, en un tejado, a solas, enfrentándome a un estrangulador, con un asesino profesional. Los hay idiotas, hermano.

Llegué ante una chimenea y observó atentamente por el frente.

Algo se movió por detrás de mí. Quise volverme, pero lo hice demasiado tarde. Un cordel de plástico pasó por mi cuello y me apretó.

Por fin había dado con él. Allí estaba el estrangulador. Pero ¿qué tipo listo soy yo?

Unos segundos antes yo era el cazador y él la pieza, a cobrar, pero ahora, las cosas habían cambiado. Sí, habían cambiado completamente.

Traté de volver la «Luger» hacia el asesino para disparar sobre él a quemarropa, pero me golpeó la muñeca y la pistola rodó por el tejado.

Me encontré tan indefenso como un niño en la cuna, con la única diferencia de que aquel tipo apretaba y apretaba mi cuello y me estaba ahogando.

CAPÍTULO XII

Le pegué un codazo en el estómago. La presión del hilo cedió. Creí que había conseguido una victoria, pero me clavó la rodilla en la espina dorsal y perdí la pequeña ventaja que había conseguido.

El oxígeno ya había huido de mis pulmones. Mi boca se abría como la de un camaleón, en busca de aire.

Súbitamente, me dejé caer de rodillas.

Sorprendí al estrangulador y tardó unos segundos en reaccionar. Me volví como un rayo y le asesté un puñetazo en la cara.

El asesino rodó por el tejado, pero la muerte estaba decidida a estrecharme entre sus brazos, porque el enemigo fue a parar junto a la pistola.

Lanzó un grito de triunfo mientras ponía la mano en la culata. Me arrojé sobre él. Sonó un disparo y la bala silbó una siniestra melodía junto a mi oreja.

Los dos, fuertemente trabados, rodamos. Íbamos a caer hacia la calle y la altura era considerable, la suficiente para que nos recogiesen a los dos en un cubo de desperdicios.

Ya podía leer los titulares de los periódicos. «Un guionista de cine muere despanzurrado interpretando a lo vivo una de sus escenas».

Nos detuvimos en el borde. Vi la cara del tipo que tenía encima de la mía. Tenía ojos de loco, sonrisa de loco y me estaba llenando la cara con baba de loco.

Me dirigí el puño contra la cabeza. Yo la moví y golpeó contra la teja. Soltó un grito de dolor y entonces le pegué yo.

El tipo dio una voltereta y desapareció del tejado, lanzando un prolongado aullido. Se llevaba la «Luger», pero no importó. Luego un golpe sordo y se acabó el estrangulador. No podía estar allí. Pronto vendría gente.

Busqué en el tejado una salida. Allí había una pequeña puerta

que debía de comunicar con una buhardilla. La puerta cedió fácilmente. En la buhardilla había muchos trastos, pero no vi a nadie.

Bajé rápidamente la escalera.

En la calle se había formado un grupo alrededor del estrangulador.

—Ha caído desde arriba —dijo alguien.

—Nadie podrá identificarlo —dijo otro transeúnte. Ya no quise escuchar más y fui hacia el 277.

Tropecé con Simone, que salía. Al verme, se echó sobre mi desfallecida.

—Creí que eras tú el que había caído.

La besé en los labios con suavidad y le sonreí.

—Tengo tantas vidas como un gato.

—Pero me gustas más que un gato.

—Eso merece otro beso —la volví a besar.

—Pierre, vámonos de aquí, antes de que haya más jaleo.

—Trato hecho.

Nos encaminamos hacia nuestros coches y ella dijo:

—Será mejor que nos separemos.

También me interesaba que nos separásemos, porque yo había decidido ir a un sitio y no quería llevarla como compañera.

—¿Adónde vas, Simone?

—No tengo más remedio que informar a mi jefe.

—¿Y qué pasará?

—Es posible que me den unas vacaciones y te aseguro que no serán como premio. He fallado demasiado en este caso.

—Bueno, ya te sacarás la espina.

—Espero que así sea.

Por un momento, la miré fijamente. Ya saben, las mujeres tienen una forma de mentir demasiado clara.

Y Simone, a pesar de que era una funcionaria del Gobierno, no había aprendido esa disciplina, la de engañar.

—¿Qué plan tienes en tu linda cabecita, querida?

—¿Yo? Ya te lo he dicho. Visitaré al jefe para explicárselo todo. Luego iré a mi apartamento, tomaré una ducha y trataré de dormir.

—Dulces sueños —dije, y la besé con más fuerza. Me sonrió.

—Quiero saber de ti, Pierre.

—Claro. Llámame mañana.

—Ya puedes estar seguro de que te llamaré.

—Lo espero.

Cada uno se fue a su coche, y los dos nos sonreímos antes de ocupar el volante. Primero salió ella y dobló hacia la izquierda. Yo seguí hacia delante.

Encendí un cigarrillo y me puse a pensar en todo lo que había ocurrido desde que conocí a cierto individuo llamado Henri Boudet, que ahora resultaba ser el ayudante de un sabio asesinado.

Por fin llegué a mi destino.

Dejé el coche y entré en el edificio.

El amplio vestíbulo tenía macetas a los lados con plantas tropicales. El encargado se llamaba Senge Roire y me acompañó al ascensor.

Abandoné la jaula en la planta cuarta y apreté el botón de la puerta que estaba marcada por una L.

Me abrió Rosane, la actriz esposa del productor y puso una boquita de sorpresa.

—¿Tú aquí, Pierre?

—Estaba aburrido y pensé charlar un rato con vosotros. ¿Está el ogro?

—Salió.

—¿Adónde?

—No me lo dijo... Anda, entra. Te serviré un *whisky*.

Rosane, la tercera mujer de Gaston Valéry, se cubría con un batín con muchas plumas. Me senté en el sillón, mientras ella manipulaba con botellas y vasos.

El *living* era muy grande, como correspondía a un productor de cine, aunque Gaston Valéry no había dado aún con la película taquillera, ese filme con que los productores sueñan y se convierte en un auténtico chorro de oro.

Rosane vino hacia mí con el vaso de *whisky*, me lo dio, se sentó a mi lado y cruzó las piernas. El batín se abrió lo suficiente para enseñar un par de remos de que ella se sentía orgullosa.

—Pierre, ¿qué piensas de mí?

—Que eres preciosa.

—¿Sólo eso? —dijo, abanicando las pestañas.

—Creo que es lo más importante para ti.

—Eres un tonto.

Aquello empezaba como siempre. Sí, en cuanto Rosane y yo nos quedábamos a solas, ella empezaba el tiroteo. El cine está lleno de chicas como Rosane, muy monas y con poco seso. Yo no había tomado nunca en cuenta a Rosane, entre otras razones porque era una propiedad de mi productor, y nunca me han gustado los quebraderos de cabeza innecesarios, pero las cosas habían cambiado un poco. Yo había ido allí para cumplir una misión, aunque no era un funcionario del Gobierno.

Dejé el vaso sobre la mesa y me incliné sobre Rosane.

—Quiero hacerte una pregunta.

—No estoy enamorada de Gaston.

—No es eso lo que te iba a preguntar, cariño.

—¿Oh, no? —dijo, un poco perpleja.

Era encantadora. Me recordaba los personajes que la pobre Marilyn Monroe interpretaba, esos papeles de chica ingenua que transpiraba seducción por cada uno de sus poros.

—¿Cuál es el negocio de Gaston, Rosane?

—¿Qué?

—Has oído bien.

—Gaston se dedica al cine, ¿o es que no lo sabes?

—Sí, y yo he sido guionista de sus tres últimos filmes, pero empiezo a creer que no sólo se dedica al cine.

—No te entiendo. Estás muy raro.

—¿Has oído hablar a Gaston de Maurice Ducray? Se quedó pensativa.

—Oh, sí; Maurice Ducray, se lo he oído mencionar. —¿Con qué motivo?

—Maurice Ducray le llamó ayer por teléfono.

—¿Para qué?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿No prestaste atención al diálogo?

—Claro que no. Era algo que no me importaba. No puedo atender a todo lo que dice Gaston. Pero ¿qué te pasa?

Tomé el vaso de *whisky* y después de apurar su contenido, dije:

—¿Estás segura de que no sabes dónde ha ido Gaston?

—Claro que no.

Ahora fue ella la que se echó sobre mí y me sonrió.

—¿Por qué no lo dices, Pierre?

—¿Qué cosa?

—Lo que sientes por mí.

—Mucha simpatía.

—Es algo más que eso, Pierre, confíésalo.

—Rosane, ten un poco de calma.

—Pero si estamos solos. ¿Para qué sirve la calma?

—Gaston puede llegar de un momento a otro.

—Tiene que abrir con llave.

—Querida, si sigues por ese camino, Gaston tendrá una cuarta esposa.

—La tendrá de todas formas.

—¿Te ha dicho ya algo a ese respecto?

—Yo no necesito que Gaston me diga esas cosas. El es voluble. ¿Crees que me podría soportar más de tres o cuatro años? Es posible que yo no sea inteligente a vuestro juicio, pero no hay nadie que me enseñe las cosas que necesita saber una mujer.

La miré sorprendido. Nunca me había hablado con aquellas palabras, ni con aquel tono. No era tan tonta como parecía.

—¿Ya estás convencido? —dijo, acercando su boca a la mía. En ese momento se oyó la llave en la puerta.

Rosane se retiró.

Gaston entró en el salón y, al verme, enarcó las cejas.

—¿Tú aquí?

—En carne y hueso.

—Celebro que hayas terminado el guión con el nuevo final.

—No lo terminé. Para ser sincero, ni siquiera lo empecé.

Gaston Valéry era tan alto como yo, de anchas espaldas. Iba todos los días al gimnasio y se bronceaba con rayos ultravioleta. Era guapo, con las sienes canosas y, aunque él decía tener cuarenta y cinco años, ya había traspuesto los cincuenta.

Mi respuesta había hecho aparecer entre sus ojos un fruncimiento.

—No me gusta eso, Pierre. Si vienes para convencerme de que tu final es el bueno, pierdes el tiempo.

—No he venido para hablarte del guión.

—No me interesa otro guión por ahora.

Llevaba en la mano una cartera negra. La dejó encima de un

sillón y dijo:

—Rosane, prepárame un *whisky*.

Ella saltó del diván y se fue otra vez hacia el bar.

Gaston puso los brazos en jarras y depositó la mirada de sus negros ojos en mi rostro.

—¿No me has oído? No me interesa otro guión.

—Oye, Gaston, no te visito para hablar de cine.

—Entiendo, estabas aburrido y viniste aquí.

—Tampoco. Te aseguro que esta noche no me he aburrido. Ha sido la más emocionante de mi vida. Imagínate. Se metió en mi casa un hombre y me amenazó con una pistola. Quería que lo trajese a París. Nos pusimos en camino, pero otro coche nos siguió. Mi pasajero se lanzó del «Tiburón» y quedó muy malherido. Más tarde hablé con él y me dio un extraño mensaje que yo debía entregar a una joven.

Gaston se puso a aplaudir y rió.

—Bravo, muchacho, lo estás haciendo muy bien. ¿Has oído, Rosane?

—¿No te parece emocionante?

—Muchísimo.

—Voy a rectificar, Pierre —dijo Gaston—. Ese nuevo guión me gusta mucho. A decir verdad, me gusta más que el que vamos a rectificar.

Le sonreí sin perder la serenidad.

—Es un trozo de mi vida lo que te estoy contando. Algo que me ocurrió esta misma tarde.

—Lo has soñado.

—Mientes mal, Gaston.

—¿Qué?

—Tú sabes perfectamente de lo que te estoy hablando. Apretó los labios.

—Pierre, tengo mucha paciencia contigo. La he tenido para soportarte como escritor.

Has ido demasiado lejos defendiendo tus puntos de vista.

—Lo hacía porque creía estar acertado y casi siempre se demostró que lo estaba. Pero ahora no estamos discutiendo eso.

—Sea lo que fuere lo que discutamos, no voy a escucharte. De modo que sal de mi casa.

—¡Gaston! —exclamó Rosane.

—Tú te callas —dijo él, señalando a su mujer—. ¿Qué te pasa que no me traes el *whisky*?

—Ya voy.

Yo no me moví de donde estaba sentado y Gaston me apuntó con el dedo.

—¿Es que no me oíste?

—Sí, Gaston. No soy sordo.

—¿Qué esperas para largarte?

—No puedo irme tan fácilmente, y te diré la razón. Hace un rato maté a un hombre.

—¿Tú?

—Sí, maté a un hombre.

—Entonces, sal de aquí o llamaré a la policía.

—¿No me vas a preguntar siquiera por qué lo maté? Se mojó los labios con la lengua.

—¿Por qué?

—Quizá no lo preguntabas porque ya lo sabías.

—¡Estás borracho!

—Maté a un asesino. El había estrangulado a la joven a quien yo tenía que entregar el mensaje. Se llamaba Anne-Marie Fourastié. La pandilla la quiso quitar del medio porque se había convertido en una mujer peligrosa. Yo podía visitarla y arrancarle algunos secretos. Sin darme cuenta, yo mismo la sentencié a muerte.

—Oye, yo no soy ningún miembro de la policía.

—¿No te gusta la historia? Dijiste que era un buen guión.

—Lo dije porque creí que había salido de tu cabeza, pero si se trata de algo real, no me gusta absolutamente nada.

—¿Desde cuándo estás metido en la pandilla? —pregunté, mirándolo fijamente. Su cara no se alteró.

—¿Qué estás tratando de decir?

—¿Quién tiene el virus?

—Estás chiflado. ¿De qué virus hablas?

—El virus del doctor Jean Guénard.

—No sé nada de virus; yo sólo entiendo de cine.

—Ese maldito virus puede acabar con la humanidad. ¿Te das cuenta, Gaston?

—¡Te repito que no sé una palabra de eso!

Se volvió hacia Rosane, que le traía el vaso de *whisky*. Al coger el vaso, lo hizo con tanta violencia, que derramó parte del contenido en la costosa alfombra.

—Gaston —dije—. Todavía puedes echar marcha atrás.

—¿Sabes lo que te digo? ¡Que te vayas al infierno!

—Me iré al infierno en cuanto hayamos aclarado esto.

—No hay nada que aclarar. ¿Y sabes lo que te digo? ¡Que te busques otro productor!

¡Ya hice contigo el último filme! Por mí, puedes conservar el final del guión. Se lo vas a vender a otro.

—Hay un contrato.

—¿Sabes lo que hago yo con el contrato?

—Sí, me figuro lo que puedes hacer con el contrato. Sabes que no interpondría una demanda contra ti.

—Entonces, ya sabes que tienes el camino para buscarte otro tipo que financie tus malditas ideas... ¡Y ahora, largo!

—He dicho que no me iré hasta aclarar el asunto.

—¿Quieres que te arroje por la ventana?

—Inténtalo, si puedes. Se echó a reír.

—¿Crees que eres más fuerte que yo?

—No lo sé.

—Voy todos los días al gimnasio. Me entreno allí con los guantes de boxeo, en las barras, en el remo...

—Sí, ya sé que te entrenas con muchos artefactos.

—Tú solo vas una vez por mes.

—¿Por qué no dejamos el ensayo para otra ocasión y me explicas de una vez por todas en la clase de lío que te has metido por culpa de ese maldito virus?

No contestó a aquella pregunta. Dejó el vaso sobre la mesa y se quitó la chaqueta, que arrojó en un sillón.

—Tranquilo, Gaston —dije.

Pero no se tranquilizó, se dirigió hacia mí con los puños cerrados. Me levanté de un salto, pero no lo hice con bastante ligereza.

Su puño derecho golpeó contra mi pómulo y rodé por el suelo. Cuando me incorporé, Gaston ya estaba en marcha otra vez.

En su cara había una gran jactancia. Quería convertirme en un pingajo. Me tiró la izquierda y yo salté a un lado.

Al fallar, perdió el equilibrio.

Me ofreció su mandíbula tentadoramente y yo no resistí la tentación. Le solté un derechazo. Gaston voló por el aire y cayó sobre la pequeña mesa, que convirtió en astillas.

—Madera de mala calidad, Gaston —dije—. Deberías fijarte en lo que compras.

Sólo estaba un poco aturdido y se levantó echando espumarajos por la boca.

—Espera. No te vayas, Pierre.

—Decidí quedarme, ya te lo dije, Gaston.

—Gracias, porque así me proporcionarás la oportunidad de trocearte.

—¿No crees que sería mejor que te fueses a hacer un poco más de gimnasia?

—Muy chistoso.

—Soy guionista, recuérdalo.

—Voy a acabar con tus chistes ahora mismo.

—Como tú quieras.

—Eh, esperad un momento —dijo Rosane.

La miramos. Probablemente, los dos pensamos que se iba a interponer entre nosotros para evitar que siguiese la pelea. Pero Rosane se sentó en un sillón, cruzó sus bonitos remos y exclamó:

—Ya podéis seguir.

¿Les dije que era una ingenua?

Gaston se lanzó sobre mí como una res enloquecida, pero yo no podía consentir que me cornease.

CAPÍTULO XIII

Le pegué entre los dos ojos. Gaston retrocedió.

Me había cansado de aquella pelea. En alguna parte podía estar ocurriendo algo y yo quería estar presente.

Seguía a Gaston en su retroceso y volví a zumbarle.

Se vino hacia delante como un autómatas a quien le hubiese apretado un resorte. Entonces le solté un gancho que le había preparado desde hacía rato.

Gaston se fue hacia la lámpara, pero cayó por la ley de la gravedad y quedó despatarrado, sin conocimiento.

Rosane me levantó el brazo derecho y dijo:

—Hurra por el vencedor.

—¿Quieres ser formal?

—¿No lo soy?

—Ni pizca.

—Se lo tenía merecido. Todas las mañanas me despierta con su maldita gimnasia. Me dice que tiene que estar fuerte. ¿Para qué?, le pregunté un día, y me contestó una cosa muy fea que mi decencia no me permite repetir.

Era una chica muy educada.

A la derecha había un jarrón con flores. Qité éstas y volqué el contenido del jarrón sobre la cabeza de mi productor, quien se recuperó, ahogándose.

Al enfocar mi imagen soltó una terrible maldición.

Me agaché sobre él y lo atrapé por el cuello de la camisa.

—Gaston, esto es mucho más serio de lo que tú crees. Hay un maldito virus por medio. Me siento responsable porque ese hijo de perra de Maurice Ducray se puede apoderar de él. Pero yo se lo voy a quitar, aunque sea lo último que haga en esta vida.

—No podrás.

—Eso va a ser cuestión mía y de la policía.

En aquel momento, Rosane lanzó un grito. Estaba mirando hacia la ventana y me volví. Allí estaba mi antiguo conocido, Bigote Espeso. Tenía una pistola en la mano.

—Me alegro de haber llegado a tiempo, señor Valéry —dijo.

Gaston dijo:

—Métele una bala si no me suelta, Philippe.

Dejé suelto en seguida a Gaston porque supe que Bigote Espeso no necesitaba que le repitieran aquella orden.

Gaston se levantó resoplando.

—Te lo dije, Pierre. Debiste haberte marchado.

—No podía.

—No podías porque prefieres el cementerio.

—No creo que me mates —repuse, no muy convencido de mis palabras.

—Ahora no me has dejado otra solución.

—Ahora todo está claro —dije, ampliando el tema—. Bigote Espeso y Cabeza Cuadrada trabajaban para ti.

—Les dije que te dejaras en paz, pero ahora estoy arrepentido.

—No seas fanfarrón. Les dijiste que me dejaras en paz, porque no estabas seguro de que yo poseyese el mensaje que me dio Henri Boudet.

—De acuerdo. Pero ahora ya no tengo que esperar. Pusiste demasiadas dificultades.

—Eres un rival de Maurice Ducray.

—Sí.

—Te enteraste de que él iba detrás de lo del virus y decidiste jugársela. ¿Cómo te pusiste en relación con Maurice en esto?

—No es asunto tuyo.

En mi cabeza se agolpaban las ideas. Había resuelto que mi productor, Gaston Valéry, estaba interesado en el virus, y todo había empezado cuando el ayudante del doctor Guénard había entrado en mi casa pidiéndome su ayuda. Cielos, ahora no podía admitir que Henri Boudet hubiese llegado a mi casa de una forma casual. El círculo se iba cerrando, o la pescadilla se mordía la cola, como ustedes quieran. Nunca he sido partidario de explicar las cosas basándome en el azar. Los hechos están relacionados entre sí. Son eslabones fuertemente trabados.

—Gaston, debo saber inmediatamente dónde está Maurice

Ducray.

—Sé perfectamente dónde está, pero no te lo voy a decir.

—Tienes que ser comprensivo, Gaston.

—Voy a ser muy comprensivo. Le quitaré a Maurice el virus.

—¿Cuándo?

—Muy pronto. Tú mismo vas a ser testigo de la cita. Luego se acabó.

Miré a Rosane. Estaba perpleja, con la boca abierta. No, no podía esperar que ella lograra convencer a Gaston de dejarme con vida.

Gaston cogió el teléfono del suelo, donde había ido a parar, y marcó un número en el dial.

—Maurice. Soy Gaston... ¿Sales dentro de quince minutos...? Sí, yo también... Un momento. ¿Sabes a quién tengo aquí? A Pierre Bresson... Sí, el muchacho todavía está empeñado en resolver las cosas por sí mismo... No te preocupes. Voy a terminar con él... Ya no será una molestia...

Colgó y se me quedó mirando. Yo estaba lleno de rabia.

—Vais a medias, ¿eh?

—No. Eso es lo que él cree. ¿No lo recuerdas? Este muchacho y el otro que mataron en la rué Marguerite trabajaban para mí. Supuestamente, Maurice y yo tenemos el mismo interés, pero eso se va a acabar ahora.

—Lo matarás también.

—No tengo más remedio.

—¿Es que no hay bastante para los dos?

—Claro que hay bastante para los dos. Pero Maurice planea acabar conmigo, y puestas así las cosas, quiero sacarle un poco de ventaja. Prefiero que sea él quien ocupe el ataúd.

—Dos hienas luchando por la misma presa.

—Puedes decir lo que quieras. Tú te buscaste ese final.

—¿A quién le vais a vender el virus?

—No hace falta que lo sepas.

—Debe ser un tipo desalmado, pero no lo debe ser tanto como tú y Maurice. ¿Te das cuenta de lo que vas a hacer? Pondrás en peligro la propia vida de la especie a la que perteneces... Maldita sea, ¿qué necesito decirte para detenerte? Es como si tú mismo hubieses dado una orden: Acaben con los terrícolas.

Se echó a reír.

—Ésta no es una escena de ciencia ficción, guionista.

—No bromees. Estoy hablando en serio. Cualquier día, a cualquier hora, los criminales que tengan en su poder el virus impregnarán la atmósfera con él, y aquellas personas que queden inoculadas procrearán seres monstruosos.

—Habrá una forma de evitarlo. Accediendo a los deseos de la persona que tenga el virus.

—Sí, ya lo imagino. Pero ¿qué supones que pedirá a cambio?

—Eso no es cuenta mía.

—¡Debe serlo! Tú habrás participado en ese chantaje a escala universal.

—Somos demasiados.

—¿Cómo?

—¿Es que no has leído las estadísticas? El planeta se está poblando demasiado. Centenares de seres humanos pasan hambre. Es necesario hacer una limpieza. Ésa es mi forma de pensar. De vez en cuando, hay que empezar de nuevo.

—¿Quién te ha dicho a ti que se podrá empezar de nuevo? ¿Y si se acaba todo de una vez?

—¿Por qué has de ser tan fatalista?

—Soy real.

Gaston consultó su reloj.

—Lo siento. Se acabó la discusión.

Fui a lanzarme sobre él, pero oí detrás el ruido de la pistola.

—Si lo toca le parto la espina dorsal —dijo Philippe. Me estuve quieto.

—Rosane —dije a la bella actriz—. Habla con él. Trata de convencerlo de que los millones que consiga vendiendo el virus no os compensará de otras cosas.

La joven se encogió de hombros.

—No entiendo de lo que estáis hablando. Pero te diré una cosa, Gaston. Creo que Pierre dice la verdad. Y para que veas que soy una mujer sacrificada, no es necesario que me compres el abrigo de visón que me prometiste.

—Calla, estúpida.

—¿Por qué me insultas?

—No es un insulto, puesto que eres una estúpida. Prepara el

equipaje. Volveré en una hora. Tomaremos el avión en seguida.

—¿Adónde vamos?

—A América.

—Dicen que América es muy grande. ¿A qué parte de ella?

—Ya lo sabrás cuando estés allí. Señaló a Bigote Espeso.

—Llévatelo un par de minutos después que haya salido yo.

—No se preocupe.

—No falles esta vez.

—No fallaré.

—Luego, te reúnes conmigo.

—Sí, señor.

—No tardes más de media hora.

—En quince minutos lo tendré resuelto. Hay un buen lugar cerca de aquí.

Estaban hablando la mar de tranquilos sobre un negocio y ese negocio consistía en mi muerte.

Gaston cogió su cartera y salió del apartamento.

Bigote Espeso empezó a mover los labios. Seguro que estaba contando los minutos. Luego me sacaría de allí para llevarme al matadero.

Miré a Rosane. Era mi única salvación.

—Querida, ¿me das un *whisky*?

—Nada de *whisky* —dijo Philippe.

—A todos los condenados se les deja cumplir su última voluntad y yo no he pedido mucho.

—A callar o le llevaré muerto al solar.

—Peso mucho.

—Tengo fuerza y puedo sostenerte sobre mis espaldas, como si fueras un borracho.

Sí, aquel chico debía tener experiencia en transportar muertos, aunque no trabajase en una empresa de pompas fúnebres. Se le notaba en la cara.

—Ya transcurrieron los dos minutos —dijo—. En marcha.

—Te interrumpiste en la cuenta cuando ibas por el veintinueve —le dije.

—Otra gracia y te liquido.

Era muy bruto. Seguro que me liquidaba. Me volví hacia Rosane.

—Adiós, querida.

—Lo siento, amor.

—Cuando estés en América, acuérdate de tu amigo Pierre, que quiso luchar por la humanidad.

Era una manera de decirle que hiciese lo posible para que Gaston Valéry no se saliese con la suya. No podía decírselo claramente, porque allí estaba Bigote Espeso para pegarle el soplo a Gaston, y no quería que Rosane sufriese también la crueldad de mi productor.

Me puse en marcha.

Bigote Espeso ya había abierto la puerta y escondía la pistola en el bolsillo.

—No trates de hacer nada, guionista. Te sigo apuntando.

—Si disparas, te vas a hacer un agujero en el bolsillo.

—Tengo más trajes.

—Pero éste te sienta muy bien.

—Silencio, maldita sea.

Aquel hombre no tenía sentido del humor. Ni me concedió una sonrisa. Salimos del apartamento y me dirigí al ascensor.

—Por la escalera —ordenó Philippe.

—Hay demasiadas revueltas y me voy a marear.

—Te he dicho que por la escalera.

—Está bien. Tú mandas.

Había pensado que en el ascensor podía haber hecho algo, valiéndome del juego de la puerta. Ya saben, se cierran y se abren. Sí, así era de tonto yo, pero ¿qué puede pensar un hombre que está a punto de irse al otro mundo? Bigote Espeso venía a mi zaga y me detuve de pronto.

—¿Qué te pasa?

—Él cordón del zapato. Creí que se me había desatado. Hizo una mueca de rabia.

—Me estás cansando con tus tonterías.

Seguí bajando. Con aquel tipo no servía ningún truco. Bigote Espeso era muy eficiente en el arte de asesinar.

«Estás perdido, Pierre, y ya puedes ir recordando los mejores momentos de tu vida». Pensé en las mujeres. Sí, en las muchachas que habían pasado por mi lado y se habían quedado un poco de tiempo conmigo. Demonios, conté hasta siete. Nunca supuse que fueran tantas. ¿Con cuál me quedaría ahora? Tuve la respuesta en

seguida. Con Simone.

CAPÍTULO XIV

El encargado se nos quedó mirando cuando íbamos por el vestíbulo.

—Eh, señor Bresson.

—¿Qué pasa, Serge?

—Aquí tiene el paquete que se dejó la semana pasada.

Se refería a una de las copias del guión. Había tenido que hacer varias rectificaciones y aquélla no servía. Por eso no me di prisa en recuperarla. Por olvido, la había dejado en el registro de Serge.

Me volví con la mayor naturalidad. Pensé que Philippe dispararía, pero él titubeó y no lo hizo.

Serge me entregó sonriente el paquete. Lo recogí con la mano derecha y, al volverme, lo tiré contra la cara de Philippe. Yo fui detrás.

Le pegué un testarazo cuando todavía no había disparado.

Los dos caímos rodando y entonces sonó el estampido. Una boca lanzó un aullido, pero no fue la mía.

Bigote Espeso se retorció en el suelo, sujetándose el vientre. Apartó los dedos y vi por el enorme boquete cómo se movían sus intestinos.

—Muchacho, ¿por qué juegas con armas de fuego? —dije. No les extrañe. He hecho muchos diálogos de humor negro. Serge estaba tan pálido como un chino muerto.

—Dios mío, ¿qué ha pasado?

—Este hombre comió algo y le sentó mal. Avise a una ambulancia.

Bigote Espeso seguía soltando aullidos. Es muy malo una bala en las tripas.

—Con permiso —dije, y le quité la pistola. Eché a correr y salí del edificio.

Entré en mi coche, lo puse en marcha y lo lancé hacia delante

con un rugido. Poco después, estaba ya corriendo por la autopista.

Regresaba al hogar, dulce hogar.

Sin embargo, detuve mí «Tiburón» en el *bungalow* del compositor musical. Luego continué andando con la pistola en la mano.

El porche de mi casa estaba encendido, así como el *living*, y eso era algo que ya esperaba. Allí estaban los dos hombres que yo buscaba, Maurice Ducray y Gaston Valéry, los dos bichos.

Abrí la puerta poco a poco.

El *living* tenía el aspecto de haber pasado por allí uno de esos ciclones que azotan las Antillas. Los sillones estaban destripados, lo mismo que el diván. Mi biblioteca había sido volcada y los libros aparecían desparramados por todas partes.

Maurice Ducray estaba de rodillas apartando libros, furioso.

Mi dormitorio estaba abierto y oía ruidos en él. Alguien se estaba encargando de mi cama, y no podía ser otro que Gaston Valéry.

Seguí penetrando en el *living*, porque Ducray no había advertido todavía mi presencia. Y de pronto la vi, a la muchacha, en un rincón. Era Simone. Estaba atada en una silla y amordazada. Sus ojos se agrandaron al verme. Me puse el dedo en la boca para imponerle silencio.

Entonces, apareció Gaston, diciendo:

—Aquí tampoco está.

Al verme, se quedó de muestra. Le apunté con la pistola.

—Hola, productor.

Maurice Ducray giró bruscamente. Alargó la mano para tratar de alcanzar una pistola que había en una silla.

—Anda, tócala, Maurice, y te afeito.

Estaba bien rasurado y decidió quedarse quieto. Gaston forzó una sonrisa.

—Muchacho, también hay para ti.

—¿De veras?

—Nos van a dar un millón de dólares. Tendrás tu parte.

—Yo creí que todo era para ti, Gaston.

—Debes ser comprensivo.

—Ya lo he comprendido todo —era mi momento victorioso, ese instante en que el héroe resume el asunto para que lo comprendan

hasta los que han llegado después del comienzo de la película—. Tú, Gaston, formabas sociedad con Maurice para lograr el virus del doctor Guénard. Henri Boudet os lo tenía que dar. ¿De acuerdo, señores?

Los dos asintieron y continué:

—Pero Gaston Valéry quería hacer el negocio por su cuenta. Habló a solas con Henri Boudet y, probablemente, le dijo que él estaba dispuesto a pagar más. Henri ya tenía la fórmula del virus y, según lo pactado con Maurice, tenía que entregárselo a Anne-Marie Fourastié. Pero tú, Gaston, se lo quitaste de la cabeza. Le dijiste a Henri que trajese aquí la fórmula. A Henri se le ocurrió una idea. Escondería aquí la fórmula y escribiría un mensaje señalando el lugar. No estaba muy seguro de la buena fe de Gaston, ni de Maurice. Por eso decidió tomar precauciones. Se demostró en seguida que Boudet había tenido razón para sospechar porque se vio perseguido por un par de matones Bigote Espeso y Cabeza Cuadrada. Instintivamente, Boudet vino al lugar donde había guardado la fórmula y por eso entró en mi casa. Nada fue casual. Boudet llegó a la conclusión de que debía de recurrir de nuevo a Maurice. Le daría el mensaje a Anne-Marie Fourastié para que ella lo hiciese llegar a Maurice.

—Maldita sea. Deja ya de decir cosas que ya sabes —exclamó Gaston—. ¿Dónde está la fórmula?

—También para mí fue un galimatías hasta hace muy poco.

Me quedé pensativo y recité las dos primeras frases del mensaje de Henri Boudet:

—«Por lo cual, yo repito ser preciso... Que declinen los átomos un poco». Hice otra pausa y les sonreí.

—No hace falta que continúe, ¿verdad? Es un trozo de un libro de Lucrecio titulado *De la naturaleza de las cosas...* Y justamente, yo compré ese libro hace unos años, porque sentí afición por los filósofos de la antigüedad... Pero hace cosa de un par de años, cuando empecé a dedicarme al cine, retiré esos libros de mi biblioteca. No quise que los productores que viniesen aquí me tomasen miedo. Los libros de filosofía los guardé en una maleta que metí en un armario de mi dormitorio... Y ahora ya está aclarado el mensaje de Boudet. En el libro de Lucrecio y en la página correspondiente al trozo copiado por Henri Boudet, está la clave del

virus del doctor Jean Guénard.

Tanto Maurice como Gaston, estaban embobados mirándome.
Maurice soltó una terrible maldición.

—¡Bresson, un cuarto de millón para usted!

—¡Yo te doy medio! —exclamó Gaston.

—No, amigos. No hay dinero para pagar eso. Os juro que nadie dará la orden: Acaben con los terrícolas. Además, tenéis que responder por los crímenes que se han cometido.

Maurice lanzó un chillido y tomó la pistola.

—Suelta eso —dije, pero no me hizo ningún caso.

Apreté el gatillo. La bala golpeó contra su hombro y le obligó a arrojar el arma.

Gaston se dejó caer en el suelo, ya que los sillones y los divanes no estaban para sostenerlo.

Me acerqué a Simone y la dejé libre.

—Gracias, querido.

—¿Por qué no me dijiste que venías aquí, cariño?

—Se supone que soy el agente del servicio de información y yo debía solucionarlo todo.

—Está bien, preciosa. Coge el teléfono y dile a tu jefe que eres una heroína. Me dio un beso en los labios y sonrió.

—Eres un sol.

Fue al teléfono y se puso a hablar por los codos.

Ahora todo había cambiado.

Una ambulancia se había llevado a Maurice, pero no moriría y haría frente a sus responsabilidades. En cuanto a Gaston, me dio mucha pena, porque tendría que buscarme otro productor. Demonios, quizá con un poco de suerte, podría conseguir que mi protagonista muriese al final. Alguna vez tiene que ocurrir, ¿no les parece?

Estaba en el porche respirando el aire de la noche.

Gaston lo había confesado todo y salió acompañado por el jefe de Simone y por otros agentes del servicio de información.

—Hasta mañana, jefe —dijo Simone, y se quedó en el porche.

Se marcharon los coches policíacos y, entonces, la joven mezcla de Sofía Loren y Brigitte Bardot, se acercó a mí. Sonreía satisfecha.

—¿Te han ascendido? —pregunté.

—Todavía no, pero me ascenderán.

—Enhorabuena.

—Has sido un buen muchacho.

—Siempre he tenido un corazón de oro.

—Pierre, ¿sabes una cosa? He estado pensando en ti y en mí. Creo que haríamos una pareja estupenda.

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué? Yo soy agente del servicio de información y tú me ayudarías a resolver los casos.

—Ni lo pienses. Ya tuve bastante con un caso.

—Pero, querido, recuerda que un escritor debe contar cosas reales y que la realidad supera a la ficción...

Yo la fui empujando hacia la puerta, mientras ella seguía hablando:

—Tienes que convencerte, Pierre. Hay cosas que tú ignoras y que sólo aprenderás si colaboras conmigo.

Entramos en la casa y cerré la puerta.

Perdonen ustedes, me temo que no puedo explicarles más, pero quizá les baste con saber que empezamos nuestra colaboración.

FIN

INO, NO, NO! ¿POR QUÉ TODOS LOS HOMBRES BUSCÁIS LO MISMO
EN MÍ?



¡LORENA!

SÓLO TENÍA UNA ALTERNATIVA: ¡HUNDIRSE EN EL VICIO!
UN SERIAL QUE ENTERNECERÁ A TODAS LAS MUJERES, ESCRITO POR SU
AUTORA PREDILECTA:

Corin Tellado

CÓMPRELO TODAS LAS SEMANAS, POR SÓLO 35 PESETAS, CON GRAN CANTIDAD
DE FOTOGRAMAS DE LOS MOMENTOS MÁS DRAMÁTICOS!
Y ESCÚCHELO, DE LUNES A VIERNES, POR LAS 65 EMISORAS DE LAS
CADENAS REM - CAR Y CES. ¡A LA HORA DEL SERIAL!
UNA EXCLUSIVA DE:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

